

GACETA DE CUBA

LA HABANA / MAYO 1 DE 1962 / PRECIO: 100



Primero de Mayo atómico

No es sino un triste privilegio para el régimen social que impera en Estados Unidos, el que los sangrientos sucesos que en 1886 dieron origen al Primero de Mayo tuvieran por escenario una ciudad norteamericana, Chicago, acaso la más sórdida, egoísta y brutal de ese país.

Privilegio que no sorprende, por lo demás, a causa de que en ningún sitio como en aquella república podían tolerar menos las fuerzas del naciente imperialismo cualquier gesto de la clase obrera por afincar sus derechos, aun en la forma pacífica que lo hicieron los trabajadores reunidos en Haymarket.

¿Ocho horas no más de esclavitud por día? ¿Desfile y manifestación de apoyo público a tan escandalosa demanda? ¿Iba a permitirse en Norteamérica el germen que había dado en Europa espectáculos como el de la Comuna de París, tres lustros antes? Jamás. La policía se encargó de probarlo. Una bomba de fuerza extraordinaria, colocada por un provocador a sueldo, ocasionó gran número de víctimas en aquella popular asamblea, y la represión —ya preparada— se desencadenó brutalmente. No en castigo de los únicos responsables de Haymarket, que estaban entre los propios represores, sino contra la voluntariosa decisión de los obreros norteamericanos de mejorar sus condiciones de vida.

Durante la vasta movilización del mes de abril del 86, muy lejos se hallaban éstos de imaginar por cierto que la preparación del desfile, señalado para el primer día del mes siguiente, iba a tener no sólo las dramáticas consecuencias inmediatas que tuvo, en virtud de la provocación oficial, sino las que alcanzó más tarde, y las cuales hacen del Primero de Mayo la fiesta universal de los trabajadores, periódica expresión de la solidaridad obrera en todo el mundo.

Como dijo Fidel Castro en su discurso de la Plaza de la Revolución, ese día es un termómetro para medir la altura democrática de cada país. Pues aquél en que se celebra escondido, o no se celebra, y el terror de la policía reproduce los días de Chicago con nuevas víctimas puras, aquél es un país sin libertad. Así ocurre hoy en Argentina, en Paraguay, en Ecuador, en Perú, en Venezuela, en Guatemala, en muchos otros sitios de nuestra América donde el imperialismo mueve sus fantoches oficiales, y alcanza a sofocar por mano de éstos, bien que provisionalmente, las ansias de mejoramiento popular. Cuba escapó a esa mortífera influencia, y por ello el Primero de Mayo es entre nosotros una conmemoración vigorosa, combativa, de afirmación revolucionaria y fe socialista.

Mientras tanto, desde aquella lejana fecha de 1886 hasta los días que corren, el imperialismo creció y se convirtió en un cáncer gigantesco, cuyas repugnantes raíces se hundieron por todas partes en la tierra americana. Lo hizo de tal modo, en efecto, que luego de alcanzar su apogeo ya inició su decadencia. Sin embargo, no es ésta todavía de manera que le impida constituir un peligro muy grave para la paz del mundo, rémora que embaraza el progreso de los pueblos de América hacia la definitiva independencia nacional.

Si alguien lo duda, si alguien hubiera tan ingenuo para eso, que vuelva los ojos hacia Washington: ahí verá al señor Kennedy, a la cabeza de un país digno de mejor

Virgilio Piñera/NOTAS SOBRE LA VIEJA
Y LA NUEVA GENERACION

José A. Baragaño/HOMBRES: YO OS AMABA
¡ESTAD ALERTAS!

Rine Leal/EN TORNO AL TEATRO DE REGUERA SAUMELL

Segundo Cazalis/¡LA GENTE SABE!

Slawomir Mrozek/EL PROCESO

Roberto Fernández Retamar/CON CESAR LEANTE

Julio Le Riverend/DE OFICIO, POETA

MARIANO EN LA INDIA/Dibujos

José Rodríguez Feo/ONELIO JORGE CARDOSO, EL CUENTERO

Onelio Jorge Cardoso/LOS CUATRO DIAS

DE MARIO BENJAMIN

Jorge Enrique Adoum/TESTIMONIO

Rafael Suárez Solís/POR QUE SOY PERIODISTA

LIBERTAD PARA SIQUEIROS/Exposición

Calvert Casey/CARRION A ESCENA



destino, y sobre todo de más honestos gobernantes, fraguando sus experiencias atómicas, que han suscitado olas de indignación en el mundo. Fuerzas que debieran ser destinadas al auge del adelanto universal, como en su día la electricidad y el vapor, son en manos de este inconsciente un dispositivo bélico peligrosísimo, de consecuencias imprevisibles para el género humano.

El imperialismo no escarmienta. Ya no se trata de una cabeza ajena, sino de la propia. Pues si queriendo reprimir, hace más de setenta años, una pacífica manifestación obrera en demanda de mejores condiciones de vida para los trabajadores, dio origen a un movimiento de carácter universal, definidor de lo mismo que se quiso negar, otra guerra se volvería también contra sus animadores, como se volvieron los siete mártires de Chicago contra sus fiscales y asesinos.

NOTAS SOBRE LA VIEJA Y LA NUEVA GENERACION

Alrededor de 1942 mi generación tenía treinta años, es decir los que ahora tiene —más o menos— la generación que está en la brecha. No estaría de más ver los puntos de contacto y las diferencias entre una y otra.

En 1933 —año de la caída de Machado, año igualmente de la Revolución traicionada y año de la represión anticomunista— nuestra generación apenas llegaba a la veintena. Cinco años más tarde hacíamos nuestra entrada en la literatura. Por cierto, una entrada tan precaria como precaria era la vida de la nación, consecuencia de los golpes bajos que la política y los políticos le habían propinado.

Nuestra generación se caracterizó por un total desapego de la política. Nos pusimos a la defensiva. Con todo lo que pueda acusarse a un grupo de escritores desentendidos de la política, teníamos motivos de sobra para adoptar tal actitud. La Revolución había sido traicionada, Machado fue sustituido por algo infinitamente peor; vimos cómo, de la noche a la mañana, los sargentos pasaban a coroneles, la esperanza de una nacionalidad plenamente lograda hecha pedazos y, en su lugar, la regresión al subdesarrollo más escandaloso; finalmente, como carta única de ciudadanía, el "quitáte tú pa' ponerme yo".

Ante esa contingencia cabían dos actitudes: luchar o desdeñar. Nosotros optamos por la segunda. A reserva de que la historia nos juzgue, voy a enjuiciar (en lo que pueda, y con las naturales limitaciones y hasta parcialidades que implica ser actor del drama que se vivió) a nuestra generación.

He dicho que optamos por el desdén. Pensamos con toda honestidad (uno puede pensar en términos de honestidad y al mismo tiempo resultar deshonesto) que mezclarnos en la vida política sería tanto como contaminarnos con su pestilencia. Hicimos el siguiente cálculo: podemos comer mucho si pactamos; mal comer o pasar hambre si no pactamos. Si comemos mucho tendremos que pagar un precio elevado; por ejemplo, escribir sobre los políticos, justificar la dictadura, ser conformistas. Si nos decidimos por el hambre nos convertiremos en olvidados.

A pesar de la cara horrible del hambre, de la tentación de la "botella", de las succulentas tajadas del jamón nacional, nuestro asco era tan profundo que elegimos el hambre, el desdén, el anonimato, la capilla y la muerte civil.

Depositamos entonces nuestra fe en realidades tales como la Literatura, lo Bello, lo Noble, lo Bueno, que por una rara paradoja eran, al mismo tiempo, tan sólo abstracciones. Resultaron serlo porque nos empeñamos en asumir esas categorías como escudo contra lo podrido, sin darnos cuenta de que un estado de cosas no se cambia con meros símbolos. Por su parte, el enemigo ni siquiera reparó en nuestro desafío inefable.

De la caída de Machado a Fidel Castro vimos desfilar a Batista, Mendieta, Miguel Mariano Gómez, Barnet, Grau San Martín, de nuevo Batista, Prío y otra vez Batista. Cualquier hijo de vecino sabe de memoria estos nombres y parecería ocioso citarlos. Sin embargo, para quienes padecemos esos desgobiernos la enumeración se connota con tintas más que sombrías. Cada cuatro años comprobábamos que el presidente en turno superaba en pillerías a su antecesor, con lo cual se acentuaba nuestro asco y desprecio por la politiquería y los politiqueros.

Salvo una o dos excepciones, nuestra generación no ocupó durante esos gobiernos cargos de confianza; no fuimos ministros, embajadores, jefes de despacho, periodistas espléndidamente embotellados, etc. Sería curioso hacer la historia de cómo la pasamos en esos años de ostracismo. Por ejemplo, Lezama fue un empleado subalterno de la Cárcel de la Habana por once años; Portocarrero arañaba la tierra para vivir; Oscar Hurtado vendía pescado en la Plaza del Vapor; Cundo Bermúdez era agente de máquinas de escribir; yo viví doce años en Buenos Aires como empleado administrativo del Consulado de Cuba con un haber mensual de quince dólares.

Todo eso era un duro sacrificio, pero al mismo tiempo eludíamos la confrontación con la insoslayable realidad que es el fenómeno político. Por huir de una realidad atroz contribuimos, sin percatarnos de ello, a perpetuarla. Pero es que la política cubana nos producía náuseas y el peor insulto que se nos

podía infligir era recordárnosla. Nosotros habíamos cortado una especie de nudo gordiano: los políticos hacen la política. Nosotros hacemos la literatura. Esta conclusión no la habíamos sacado *ex nihilo*. Siempre que veíamos la entrada en política de un escritor no fallábamos en nuestra presunción: al poco tiempo estaba pegado al jamón con las consiguientes traiciones y componendas. Por ejemplo, la posición de Mañach siempre nos dio mala espina; lo estimábamos como escritor pero lo desdeñábamos como político.

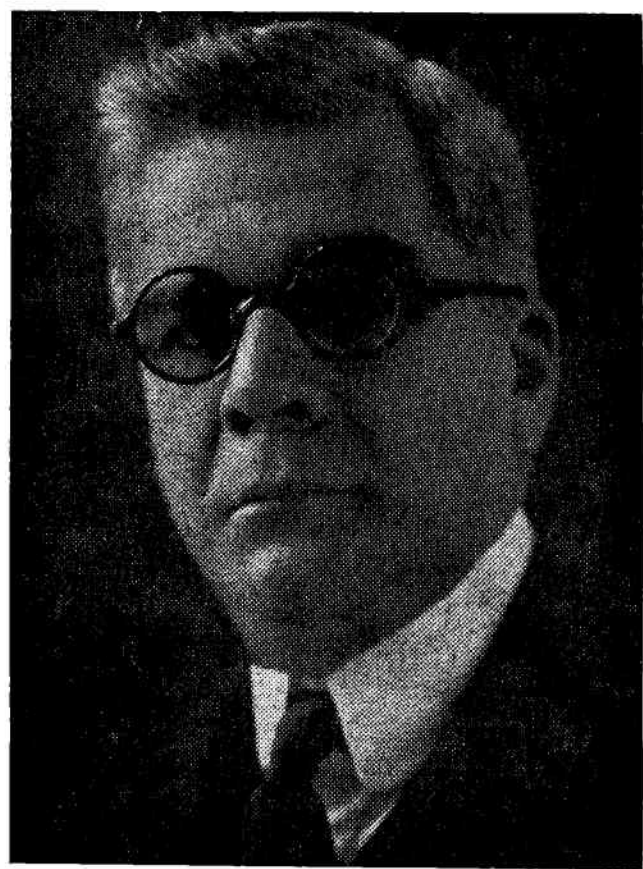
Todo ello nos fue haciendo ver la vida de la nación *sub especie literaturae*. En las distintas revistas surgidas por esos años nunca apareció en ellas una sección dedicada a examinar la vida política del país. A nosotros sólo nos importaba la vida y el quehacer literario por sí mismos, y más que eso, nos encantaba; era como un anestésico contra la podredumbre. De hecho estábamos ayudando al régimen dictatorial en turno, de acuerdo con el refrán de "el que calla otorga".

Por supuesto teníamos plena conciencia de que el país marchaba hacia el desastre, pero ignorábamos cómo tomar posiciones definidas para atacar a los expoliadores. Además, todo lo dábamos de antemano por perdido. Llegó un momento en que fuimos tan indiferentes que lindamos con el elegante pero pernicioso cinismo. No lo decíamos, pero lo dejábamos ver en nuestra actitud: "Allá ellos, que hagan mangas y capirotos; nosotros no estamos metidos en ese pastel". A propósito: recuerdo que con motivo del famoso enjuague en el Senado por el negociazo de los Bonos y cuyo resultado ulterior fue la fuga espectacular de Alonso Pujol llevándose varios millones de pesos, un escritor checo-francés que por ese entonces residía en la Habana, me dijo indignado: "Eso no es otra cosa que un acto de gangsterismo. Ustedes, los escritores, ¿no piensan protestar?" Mi respuesta ni siquiera fue: "¿Y para qué? Sería como arar en el mar..." Si esa hubiera sido mi respuesta supondría cierta voluntad de protesta. Pero no, la mía, mi respuesta, fue aún más pobre, más negativa, más indiferente: "¿Y qué me importa! Eso es política y yo nada tengo que ver con la política".

A tales desatinos, a tales insensateces nos había llevado la frustración sucesiva y dolorosa de la nacionalidad ofrecida como ramera en la plaza pública. Respuestas como esa mía eran tan monstruosas como el crimen que se cometía día a día. Y contradictoriamente, si la daba, era porque precisamente me atormentaba la sola idea de verme, como el politiquero, convertido en monstruo, que sólo tenía de humano la conformación física.

Por otra parte, como nos dolía el drama de Cuba y como debíamos expresarnos como escritores, reflejamos a nuestra manera ese drama en nuestras obras. Huyendo de la literatura panfletaria (teníamos una idea muy errada del panfleto, lo igualábamos al pasquín electoral) fundamentábamos nuestra protesta en una literatura que llamaría, forzando un tanto el término, "abstraída", es decir una literatura que eludía los primeros planos de la cruda realidad para darla pasada por un tamiz diez veces más fino. Por ejemplo, un cuento mío —*La Carne*— no es otra cosa que la protesta por los envíos de nuestras reses a Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, pero es, conjuntamente, una protesta sin eficacia inmediata. Un censor oficial no lo habría puesto en el index, a lo sumo reputaría de loco a su autor, y por tal pasé en el periódico *Información* por uno de estos cuentos allí publicados. De paso diré que estoy muy satisfecho de haberlo escrito partiendo de esa vilipendia literatura del absurdo que es tan realista como la realista. Pero no es esto lo que quiero destacar. Si diré, en cambio, que su alcance, dentro del reducido ámbito cultural cubano de ese entonces, sólo llegó a los pocos que estaban en condiciones de apreciarlo. ¿Quiere esto decir que erramos el golpe, que dejando de escribir los textos apropiados perdíamos contacto con la masa, o algo aún peor, que nunca lo establecimos? Estas imputaciones pueden hacérsele al escritor cuando se habla en términos de país desarrollado que cuenta con escritores organizados como clase, con masa organizada y con órganos de difusión organizados. Por lo contrario, en la Cuba de que hablo no se daban esas condiciones. Las únicas existentes eran las de "sálvese quien pueda" y "cada uno que tire por su lado". Claro está, se salvaban los que detentaban el poder, y el resto tiraba por su lado por puro instinto de conservación. El nuestro hizo hincapié en la incontaminación a fin de preservar la obra, obra que, para confirmar el estado de cosas existente, ni siquiera era apreciada por los "happy few", pues para ellos Arte y Literatura resultaban categorías absolutamente vedadas. Y tampoco para la masa, que desconocía el abecé de la literatura, extremo éste que, para completar el cuadro, se avenía ajustadamente con nuestro desconocimiento del abecé de las doctrinas políticas y sociales.

Era éste el panorama cuando hacia 1950 empieza a despuntar la actual generación. Nosotros le dejábamos por toda herencia (obra aparte) sólo desdén y muro de lamentaciones. Para colmo de males el cuadro de la vida nacional se había vuelto más som-



Gerardo Machado
El quitáte tú pa' ponerme yo

brío y negativo. Por otra parte, era una generación que, en líneas generales, se desconocía entre ella misma: sus componentes se vieron constreñidos al exilio voluntario para sobrevivir físicamente y espiritualmente. La vida cubana se había hecho tan caótica, la falta de fe era tan marcada, que necesariamente se reflejaría en la literatura. Esta generación ni siquiera se había visto con una brújula precaria como la que nosotros tuvimos para sortear o tratar de sortear los escollos. Esos nuevos escritores no tenían el recurso de la capilla y mucho menos lanzar una revista con cierto carácter de continuidad. No es un azar si al advenimiento de la Revolución el noventa por ciento de ellos permanecían inéditos. Es muy explicable que eso que puede ser llamado el entusiasmo literario al estado puro no les sirviera de nada. ¿Para qué publicar si será leído por unos pocos? ¿Pagar sus propias ediciones y encima tener que regalar los libros, como lo hicimos nosotros por veinte años?

En una palabra, por cuarta o quinta vez iba a recomenzar en Cuba republicana el drama de una nueva generación literaria con las mismas características de las generaciones precedentes. Si el país no cambiara sus gobernantes, si no se producía una revolución que echase los males por la borda, el destino de la generación en turno sería tan azaroso y conflictivo como azarosa y conflictiva era la vida de la nación.

Como acabo de apuntar, estos nuevos escritores sentían, por simple confrontación, que repetir la táctica gastada del desprecio equivalía lisa y llanamente a la autodestrucción. Pero, al mismo tiempo, no pasaron a la acción; les faltaba, a semejanza nuestra, la adecuada preparación para la lucha política. Es un hecho digno de ser estudiado que a pesar de la oposición sistemática del estudiantado contra las sucesivas dictaduras y a pesar de la preparación política de dicho estudiantado, los escritores cubanos, con excepción de los enrolados en las filas del PSP, nunca fueron ganados para esas luchas. No podían serlo por la sencilla razón de que nunca fueron clase representativa y ni siquiera una clase. Aunque muy pocos de los nuevos escritores pasaron por las aulas universitarias, casi todos ellos pasaron en cambio por los Institutos de Segunda Enseñanza (notables focos de sedición). Sin embargo, no podían juntar política con literatura. Seguía vigente el esquema tradicional impuesto por las circunstancias arriba descritas: la política por un lado, la literatura por otro. Aclaro, para evitar malentendidos, que en cada una de estas generaciones pudo haber uno, dos o tres escritores con total conciencia política que llegara hasta el activismo, pero una golondrina no hace verano, y ni dos ni tres tampoco. Meterse de lleno en la lucha política comportaba el riesgo de fracasar en el empeño y al mismo tiempo perderse como escritor. Tal parecía que estuvieran escritas leyes inmutables proclamando que se eternizaría el estado de cosas imperante. En estas condiciones resulta difícil inclinarse hacia la acción.

Uno se pregunta con la consiguiente angustia qué hubiera sido de estos jóvenes escritores de no haberse producido el triunfo revolucionario. Para empezar: la expatriación, cuyo daño capital es alejar al escritor de sus fuentes de inspiración, de sus motivaciones más entrañables. En 1959 vivía en el extranjero una buena parte de esa generación y algunos de ellos lle-



Fulgencio Batista
No estábamos en ese pastel

vaban sus buenos años alejados de Cuba. Un ligero recuento arroja los siguientes nombres: Heberto Padilla, Antón Arrufat, Pablo Armando Fernández, José Alzarez Baragaño, Walterio Carbonell, Jaime Sarusky, César Leante, Calvert Casey, Humberto Arenal, Fayad Jamis, Edmundo Desnoes, Nivaria Tejera, Ro-

gelio Llópiz, Rolando T. Escardó. Pensemos optimistamente que perseverarían en la literatura, pensemos, sin duda alguna, que proseguirían con los ojos puestos en la patria lejana y reflejándola en sus escritos en la medida de lo posible. No por ello iban a dejar de ser escritores perdidos para Cuba. Si contrariamente, se cansaban del exilio y regresaban, no cambiarían en nada su condición de generación perdida y serían víctimas propiciatorias de la regresión cultural que, con cada año venidero, se haría más intolerable, más negativa, más destructiva.

Felizmente, la pesadilla se borró. La nueva generación hizo sus maletas para regresar al país. Pero las maletas no estaban solamente llenas de ropa; en ellas iba también un sentido realista de la vida, que a nosotros nos faltó. Este sentido tuvo su conformación, de una parte, en la experiencia de los años de expatriación, de otra parte, en el reflejo de la visión política de Fidel Castro y de su agudo sentido de la realidad. Ahora bien, en ese plano de lo real caben muchas otras realidades que, a su vez, se confrontan con la Política, realidad determinante. Una de esas realidades es, ¡quién lo ignora! la Cultura. Pues bien, para la nueva generación, felizmente reagrupada, ya no amenazaba y negativizaba el viejo dualismo Política-Literatura. A ninguno de ellos se le iba a ocurrir hacer la literatura por sí sola, ninguno de ellos caería en la trampa de la literatura tomada como refugio porque esa trampa ya no tenía razón de ser y los tramperos habían sido barridos de plano. Nosotros hicimos literatura de refugio porque vivíamos en un país sembrado de trampas; nuestra obra, a pesar de su posible calidad, era pesimista porque se vivía en términos de pesimismo y frustración.

La nueva generación, si sabe aprovecharlos, tiene los triunfos en su mano. Tienen, como escritores, los mismos derechos (y, por supuesto, deberes) que los dirigentes políticos. Conscientes de que política y literatura están profundamente relacionadas y complementadas, están en magníficas condiciones para expresar la realidad de la vida que bulle en torno a ellos.

Ni hablar de literatura panfletaria. Esa era procedente (y nosotros no la hicimos) en la época de la reacción. En esta de la Revolución, basta con la literatura por sí misma. ¿Y por qué por sí misma? Porque ahora la Literatura es un apéndice de la Revolución, una rama más del árbol revolucionario.

Si alguien piensa que por su carácter de apéndice será una literatura formal, gris, pasiva, ahí esta para desmentirlo la producción de los nuevos escritores a los tres años de Gobierno Revolucionario. Estos escritores, que como he dicho, en su inmensa mayoría, eran completamente desconocidos por impublicados, al día de la fecha despliegan ante nuestra vista sus libros. Libros como *La Búsqueda* (Sarusky), *No hay Problema* (Desnoes), *Así en la Paz como en la Guerra* (Cabrera Infante), *Los Puentes* (Jamis), *El Vivo al Pollo* (Arrufat), *Toda la Poesía* (Fernández), *Con las Milicias* (Leante), *Cuba, ZDA* (Otero), *Poesía, Revolución del Ser, Himno a las Milicias* (Baragaño), *El Regreso* (Casey), *Libro de Rolando* (Escardó), *Cuentos Completos* (Cardoso), *La Ceiba* (Hurtado), *El Amor como Ella* (Díaz Martínez), etc. etc. Si esta obra es formal, gris y pasiva habría que pensar que el árbol de donde procede está enfermo, lo cual es exactamente lo opuesto.

La generación que está en la brecha sabe por dónde camina y está, como ahora se dice, "muy clara". Camina de la mano con Política y Literatura, marcha al ritmo de la Revolución, observa su curva, anota y escribe lo que ve, es decir, escribe la Revolución. ¿Podría negarse que es una generación que se ha encontrado a ella misma y que es tan soberana como soberana es hoy día la nación cubana? La célebre frase de Hobbes: "Mi madre dio a luz dos gemelos: Yo y la angustia", que bien hubiéramos podido nosotros los de la vieja guardia tomar por divisa, hoy se ha cambiado, para los escritores de la nueva generación en esta variante: "Mi madre dio a luz dos gemelos: Yo y la Revolución".

JOSE A. BARAGAÑO

HOMBRES: YO OS AMABA ¡ESTAD ALERTAS!

Si queremos ir a las raíces del hombre, la poesía y la literatura son, en general, buenas conductoras. Los materiales de una época, el movimiento de la vida, que siempre es rotunda y magnífica, suelen escoger las formas del poema, el reportaje, la novela, para vaciarse como un contenido definidor y maravilloso.

Por este interés de lo vital y creador nos hemos desvivido siempre, es decir, hemos rebajado una parte de nuestra vida, para elevarla con otra más poderosa. Una lectura nos ha conmovido, profundamente, en los últimos tiempos, como un mensaje largamente esperado, ha sido el libro de Julius Fucik, *Reportaje al Pie de la Horca*, que publicara la *Imprenta Nacional*.

Durante los difíciles años en que el fascismo posó su garra sobre el rostro secular de Europa, en un abominable esfuerzo por destruir todo lo que el hombre había creado de profundo y sublime, surgió una literatura de la *resistencia* — resistir político y popular revolucionario, es decir, de la profunda humanidad contra la barbarie, alimentada, celosamente, por los imperialistas, que trataban de impedir la ruptura de las fuerzas del proletariado, portadoras del honor y la inteligencia de toda la historia.

De esa época vienen poemas de Paul Eluard; textos de Vercors, Aragón y otros. Pero a través de ese mundo poderoso de poesía, la voz de Fucik se modula con un aliento peculiar. Se trata no sólo del texto del poeta, que en su rebeldía rompe un vasto silencio, se levanta para denunciar, y advertir, en definitiva, sobre todo lo que pasa y puede venir, sino también del testimonio de un combatiente que no se deja cercar por el terror enemigo del hombre.

El mensaje de Fucik, que no llamaría libro, porque la pequeña obra tiene la característica de una comunicación cargada de pensamiento, que quiere hablar a la oreja atenta, al corazón ensimismado, a la comprensión de un lector que no se sabe si aparecerá nunca, es testimonio y advertencia, además de proclamar el sentido del hombre esencial que describe, que lucha y que pone su vida por delante como una prueba y una necesidad. Fucik es un representante excelso de la moral del combatiente revolucionario. Su lectura nos recuerda *La Historia Me Absolverá*, de Fidel Castro, y la defensa ante los tribunales nazis de Dimitrov. Un mismo aliento de valentía sin límites, obtenida gracias a la fe incontenible en una causa, y ante la convicción suprema de su triunfo final.

Un error cualquiera hace que Fucik caiga en las manos de la policía nazi en Praga. Pero, ¿no era ése en definitiva su destino? No hablamos en un sentido fatalista, el mismo Fucik lo aclara; en la época del zarismo un buen militante bolchevique era aquel capaz de mantenerse dos años en el clandestinaje sin ser capturado, pero Checoslovaquia no era lo mismo que la antigua Rusia, allí no había más que una Praga, y, rápidamente, se agotaban todos los recursos de la acción subterránea.

Las cárceles no eran cosa nueva para el escritor comunista; las había conocido por denunciar la política de la burguesía checa que conducía al país a la entrega al enemigo extranjero. Era un soldado endurecido en la lucha y las prisiones. Lo nuevo, ahora, eran los nazis, y en sus narraciones se siente el peso de ese salvajismo, que superó todos los límites de la crueldad y el crimen.

Fucik resiste todas las pruebas: las torturas atroces, que lo devuelven casi muerto a su celda, donde encuentra dulces y sólidos compañeros, que le entregan todo y se ocupan de él con un cariño hondo. Los nazis creen que pueden doblegar el alma del revolucionario con sus interrogatorios amañados, pero fracasan siempre. La nueva calidad del hombre es una prueba, que son ellos, los nazis, quienes no la pueden soportar sin el fracaso.

El escritor pasa a describir todos los personajes de la prisión: *figuras y figurillas*. Unos grandes en su humanidad y otros grandes en su miseria; las figurillas son los que no alcanzan la grandeza en ninguno de los dos términos, que no agregan materia al coraje ni a la cobardía, pobres productos del mundo absurdo del nazifascismo.

Un día del verano de 1943, Fucik fue abatido por los criminales nazis. Su vida única no resistió lo que sus ideas resistirían y vencerían, definitivamente. El

vientre que parió ese monstruo es todavía fecundo, como dice Brecht. Pero la victoria de Fucik es fértil y será la última.

Este libro del checo es fundamental para nosotros en esta hora de nuestra historia. El mismo enemigo nos acecha, y hemos de mantener la actitud que no enmudeció en las cárceles de Pankrac. Los herederos de los hitlerianos están ahí: a nuestras puertas. No cometeremos los errores que permitieron antaño que el enemigo se pasease por toda Europa.

¡Hombres estad alertas! En esta hora en que los imperialistas vuelven a sus amenazas, es bueno que todos leamos de nuevo el testimonio de Fucik, para ver cómo se desarrolla el mundo del terror y la tortura contrarrevolucionaria, esa pesadilla pasada que inútilmente nos quieren devolver, porque el día de ayer no puede repetirse.

Nuestra Revolución está hecha de ese nuevo metal, esa calidad única que ha creado el revolucionario: voces de Dimitrov, Fucik, Fidel están con nosotros, son la garantía fecunda de nuestra victoria. Representan la valentía y la fuerza creadora, toda la grandeza de nuestra época. Por eso, el testimonio de Fucik es un material que nos atraviesa la imaginación y la vida, que debe ser un camino a recorrer y estudiar por todos los escritores cubanos.



Julius Fucik
Las cárceles no eran cosa nueva

EN TORNO AL TEATRO DE REGUERA SAUMELL

Para los que gustan de los actuales tecnicismos sociales, Reguera Saumell es el cronista de la pequeña burguesía criolla. Los que se preocupan por las angustias humanas, ven en el teatro de este joven autor camagüeyano, la apoteosis de la frustración provinciana. Para los que gozan de las comparaciones históricas, Reguera Saumell es el más acusado ejemplo de una influencia chejoviana, sentimentaloides y naturalista, con una concepción dramática limitada y encerrada en un pequeño universo. Si usted le pregunta a un amante de la comedia intrascendente, responderá que este teatro es una amable versión a la cubana, costumbrista quizás, de las comedias de salón, una imagen nacional y propia de un género que en Inglaterra y España ha dado sus mejores virtudes. Un dramaturgo hablará en cambio de que Reguera Saumell conoce perfectamente los hilos de la intriga teatral, los sabe usar, enlazar y desenvolver en su momento oportuno, preparar sus sorpresas y sus escenas obligatorias, todo ello en un tono de realidad y verdad, que lanza un retrato humano de primer contacto, sin retoque alguno. Los literatos dirán en cambio que este autor es probablemente nuestro mejor dialoguista, un escritor que reproduce en la escena el habla de todos los días, en forma natural y sincera, como si su talento se redujese a recopilar los diálogos privados y seleccionar de ellos lo más representativo. En fin, un espectador dirá simplemente que las piezas de Reguera Saumell le interesan, le mueven y conmueven, le agarran desde el primer instante y lo mantienen con los ojos y los oídos en el escenario. Como todas las opiniones anteriores tienen algo de verdad, el crítico prefiere mezclarlas en un cocktail teatral y de ese modo satisfacer todas las demandas.

"Propiedad Particular" (presentada en "Húbert de Blanck" por el grupo "Rita Montaner" del Teatro Nacional) y "Recuerdos de Tulipa" (Sala "Arlequín"), han servido para poner en primer plano de actualidad a este autor, que había estrenado con anterioridad "Sara en el traspaso" (1960) y "El General Anio estuvo aquí" (1961). Las similitudes entre sus piezas, exceptuando el intento lamentable de "El General Antonio...", permiten observar que Reguera Saumell enfoca su dramática sobre las relaciones familiares, con una mirada sobre nuestra provincia que se torna amable, nostálgica, compasiva, la visión de un autor que ha escapado de ese mundo y lo observa como algo ya definitivamente ido, un universo aburrido, girando en torno a los chismes de la pequeña familia y sus rencillas privadas, todo ello en el tono elegíaco de un cronista que construye sus obras con los recuerdos personales y casi dolorosos de un testigo de primera mano.

Todo lo anterior aplicado a "Propiedad Particular" explica el porqué la pieza parece en ocasiones una estampa provinciana de los empleados de la Administración de un Central azucarero de Camagüey. "Propiedad..." es la frustración de dos familias tanto en el plano social como el matrimonial, con tres o cuatro parlamentos referentes a la presencia influyente de los propietarios norteamericanos. En esta obra, como en "Sara en el traspaso" con la que tiene tanto en común, casi de repetición, la culpa principal recae en las mujeres, en esas esposas falsas, estúpidas y municipales, para quienes el mundo se resume en las reuniones con gente importante, vestir a la última moda y convertir a sus maridos en corderos amaestrados, listos para el sacrificio final en la cama y la mesa. Moraleja: la única salida es la típicamente provinciana; escapar a La Habana. Meca de todas las evasiones.

La puesta en escena de Cuqui Ponce de León es defectuosa en extremo, hasta sacar a la superficie todos los defectos de la pieza y esconder las virtudes que se notan en la lectura del original. La crítica escénica a las dos familias se tornaba en gritos y gestos externos de las actrices Naida Santí y Nancy Fernández, impidiendo que la pieza lograra el tono social de una comedia de salón, basada más en la agudeza del diálogo y las situaciones, que en las gracias personales y grotescas de una actriz, por muy risibles que éstas sean. Los hombres (Hilario Ortega y Alfonso Silvestre) parecen haber confundido la pasividad de sus personajes con la monotonía en la actuación y no son más que pálidos reflejos de una familia que pretende mucho. Mequí Herrera, en su pri-

mera aparición de importancia, ofrece la mejor versión escénica junto a Ricardo Seoane. Pero lo peor de todo, recalco, es la manera grotesca y exterior con que la pieza fue representada. La escenografía de Rubén Vigón, excelente en su calidad técnica, es un ejemplo de ese decorado realista y terminado en sus últimos detalles, sin conceder nada a la imaginación del espectador.

"Recuerdos de Tulipa" es un gran salto adelante para Manuel Reguera Saumell. Sin caer en el vicio de la exageración que suele ser el primer pecado capital de los críticos, puedo afirmar que se trata de una de las mejores piezas cubanas, representada por un grupo de actores que consiguen uno de los conjuntos más equilibrados, naturales y veraces que se haya parado en un escenario nuestro. Uno se pregunta cómo el mismo autor que firma "Tulipa", sea capaz de escribir "Propiedad", pero la causa parece radicar en que todo lo que era evidente y externo en esta última, es en "Recuerdos de Tulipa" la imagen cierta de un circo de mala muerte con sus intrigas interiores, pero al mismo tiempo con una intención nada superficial de la vida. La calidad del diálogo en esta obra es un ejemplo total de un lenguaje cubano, de una actitud nacional ante la acción argumental, de un análisis verdadero, de personajes que responden a una vida interior. La pieza posee dos o tres escenas (especialmente la reproducción imaginaria de un camión de charanga) que son gran teatro



Reguera Saumell

Alrededor de este autor gira nuestra actualidad teatral

en toda la acepción de la palabra. Reguera Saumell se ha limitado esta vez a presentar el mundo que él siente y conoce, eliminando toda idea de crítica social impuesta de antemano, y ofreciendo una de las más sensibles versiones de una historia creíble y humana, que va más allá de su propio texto.

La puesta en escena de Rubén Vigón es un instante de buen gusto y, sobre todo, de verismo teatral. Ningún actor parece disfrazado o movido por los hilos de la mano del director, sus movimientos son justos y precisos, su manera de hablar, gesticular, portarse y hasta caminar, es todo un logro de unidad de conjunto y actuación natural, como en muy pocas ocasiones, repito, ha podido verse en nuestra escena. Esto prueba que cuando existe un buen texto y una inteligencia rectora, la escena no tiene que pedir sus elementos prestados al espectáculo o el discurso. Bernardo Menéndez, Idalia Anreus, Zandra Gómez, Dora Marbritt, Sindo Triana y Jorge Losada, convierten "Recuerdos de Tulipa" en el mejor estreno cubano, por todos conceptos, de lo que va de año y temporada.

Reguera Saumell puede darse ese extraño lujo entre nosotros, de estrenar casi al unísono, dos obras. El crítico rechaza "Propiedad Particular", pero en cuanto a "Recuerdos de Tulipa" la recomienda con todo género de aplausos. Alrededor del teatro de este joven autor gira nuestra actualidad.



Propiedad Privada FOTO SALAS
Una mirada sobre nuestra provincia



Recuerdos de Tulipa FOTO SALAS
El mejor estreno cubano en lo que va de año

SEGUNDO CAZALIS

¡La Gente Sabe!

Al pueblo... ¿le interesan las cuestiones de arte?
Uno de los lugares comunes de la publicidad, fue suponer que no.

Yo creo que sí.

A través de ese diario trajín que es una columna periodística, mucha gente —gente que a veces tiene

faltas de ortografía— pregunta y opina sobre cuestiones artísticas.

Hace no muchos días, en una nota que comenté esta Gaceta, publiqué algo sobre un busto de Martí, al que una brocha alocada le había pintado el pelo y los bigotes de verde limón con reflejos de oro.

Alguien, al llegar al trabajo, me dijo:

—“Es que hay que enseñar a la gente...”

Y sin embargo, no había sido la gente el autor del asunto.

La gente, el pueblo, los que trabajan en ese lugar, se habían dado cuenta enseguida de que aquello lucía feo.

Por el contrario, había sido la gente quien advirtió el desastre.

La gente sabe.

* * *

Sí: Al pueblo esas cosas le interesan y tiene para ellas, en general, un instinto certero.

Bárbaro quiere decir que no tiene tradición.

Pueblo es la anti-barbarie. Desde que un hombre pintó un bisonte en una cueva, la tradición ha ido pasando de mano en mano. Pueblo es tradición.

El mar, las cadenas, la esclavitud, no impidieron que nos llegaran de Africa los ritmos que eran la tradición del gangá o el lucumí. Y si hoy en Cuba, blancos y negros movemos la cintura con un vaivén especial, se lo debemos sin duda a esa viva habilidad del pueblo, para mantener vivo su arte.

Cuando —siempre el periódico— hace ya mes y pico intenté localizar un hermoso bronce de Mariano Benlliure, que los Gómez Mena habían extraído de su casa al venderla, entre las muchas cartas que llegaron reportando el hallazgo, había una de Güines que decía:

—“...en el batey hay un toro grande, de bronce, que está bueno verdad...”

En efecto, allí estaba el toro. Y, en efecto también, está *bueno verdad*.

* * *

De cuando en cuando, sin embargo, sale alguien con una brocha y se dedica a embadurnar paredes con horribles adefesios o simplemente a borrar un mural para poner encima una consigna.

Ese si es un huno. A veces es un huno permanentemente, que ni siquiera tiene el problema de Atila de andar buscando nuevos pastos para sus caballos.

Si encuentra un busto le colorea el bigote. Si encuentra paredes se dedica al muralismo. Si encuentra murales, los blanquea para poder ejercitar libremente su arte.

Así, algunas estaciones de policía —por ejemplo— han conseguido ser vivos ejemplos de mal gusto. Y en sus paredes un muralista incógnito se ha desbordado hasta lograr algo casi tan feo —por ejemplo— como las pinturas que *adornan* el restaurant del Centro Vasco.

Al pueblo esas cosas no le pasan por alto.

* * *

Una miliciiana me había escrito:

“...y cuando fui a hacer la denuncia, me encontré con una pintura que me pareció horrible. Me gustaría saber qué opina de ella, porque...”

Alguien, hace ya mucho tiempo, cuando el asunto empezaba, escribió esto sobre el mural del Mercado de Carlos III:

“...y yo no sé nada de eso, pero el mural me parece que va a estropear el frente...”

Ese mural parece un mal que ya no tiene remedio. Y sin embargo, el remedio de algunas de esas cosas parece sencillo.

Hay que escribirlas y hay que discutir las. Sin pena. Discutirlas en público, es decir en pueblo.

Hay cosas que es malo dejar en el silencio.

* * *

Ha ocurrido una cosa curiosa —no sé si hilarante o muy seria— con un mural que se hizo para un parque y que ha sido mantenido en un discreto silencio.

¿Por qué?

Si los aciertos o los yerros de los verdaderos artistas no se discuten con franqueza, el señor que anda por ahí pintando bigotes verde limón, estaría también en su perfecto derecho de proclamarse intocable, amparado en motivos igualmente respetables.

Cuando los obreros terminaron su parque —apurados y con la idea de ganarse el banderín de la emulación— se encontraron con que el mural que debía adornar un pequeño túnel *no estaba terminado*.

Lo gracioso es que *sí estaba terminado*.

Y lo problemático es que en ese caso se trataba de un *buen pintor*.

Alguien que fue con la idea de defender el mural ante los obreros, les pidió:

—Tengan calma hasta que *esté terminado*.

Sólo que cuando lo dijo ya *estaba terminado*.

Creo yo que en estas cosas del arte, de la literatura, de los versos, los cuadros y la música, va siendo preciso que nos volvamos más frescos y polémicos.

Y hay un importante por qué.

* * *

Alguien que también escribe al periodista, dice: —“...¿para qué tantas tonterías sobre arte, cuando lo que hacen falta son técnicos, zapatos, granjas avícolas, mecánicos y patatas en abundancia...”?

Ese sí es un huno.

Pero hay que contestarle:

—“Señor Huno: La imaginación y la inventiva de un pueblo, pueden volar solamente hasta la altura que les permita saltar, la base cultural común. Desde esa altura, que es la cultura nacional, salta la inventiva y el talento de cada cual. No es una casualidad que los cohetes que más alto vuelan, se hayan inventado en el país que más libros lee. Son cosas enlazadas y para que algún día Cuba sea rica

y abundante, es fundamental que la hagamos antes culta e imaginativa.”

El pueblo sabe eso por instinto.

Ese afán, ese agitado afán que ha surgido con la revolución, esa curiosidad por los cuadros, por el ajedrez, y hasta esos que andan dando brochazos a ciegas, son parte del proceso de enriquecimiento de nuestra cultura.

Pero ello no ha de ocurrir sin tropiezos ni discusiones.

Discutamos pues.



SLAWOMIR MROZEK

EL PROCESO

Esta deliciosa fábula en la que la crítica se funde con la imaginación, ha sido tomada de la revista Polonia.

Como resultado de intensos esfuerzos, no poco trabajo, tentativas y aspiraciones, el objetivo fue por fin alcanzado. Todos los escritores fueron vestidos de uniforme, a la vez que se les facilitaron los grados y distintivos. Así pues, se acabó de una vez para siempre con el caos, la falta de criterio, el insano “arte barato”, la falta de claridad y la inestabilidad del arte. El proyecto de uniforme fue confeccionado en forma centralizada y la división en regiones y grados, fruto de una larga labor de preparación en el comité nacional. A partir de aquel momento todo miembro de la unión de escritores estaba obligado a llevar el uniforme: anchos pantalones morados con pestaña, una guerrera verde, un cinturón y un chacó. Sin embargo, esta indumentaria, a pesar de su aparente simplicidad, era sumamente diversa. Los miembros del comité nacional lucían sombreros de dos picos con galones dorados, los de los comités regionales sombreros de dos picos con galones plateados. Los presidentes tenían derecho a sable y los vicepresidentes a puñal. Todos fueron distribuidos en formaciones según el género cultivado. Se crearon pues dos regimientos de poetas, tres divisiones de prosistas y un pelotón de ejecución, compuesto por diversos elementos. Entre los críticos se llevaron a cabo promocio-

nes muy avanzadas. Unos fueron destinados a las galeras y los demás incorporados a la gendarmería.

El conjunto recibió grados desde soldado raso a mariscal. Se tenía en cuenta el número de palabras que un escritor había hecho imprimir durante su vida, el grado de inclinación del espinazo ideológico con relación al suelo, el número de años vividos, los puestos y funciones autónomos y gubernamentales desempeñados. Para distinguir los grados fueron introducidos distintivos de color.

Las cualidades de la nueva orden eran evidentes. Sobre todo, ahora, cada uno sabía qué se podía pensar de tal escritor. Quedó claro que el escritor-general no podía escribir una mala novela, que las mejores novelas las escribía el escritor-mariscal. El escritor-coronel podía cometer errores pero es siempre mucho más capaz que el escritor-comandante. Las redacciones tenían ahora la tarea simplificada. Podían calcular exactamente en qué porcentaje, por ejemplo, una obra enviada por un escritor-brigadier podía ser más digna de ser impresa que la de un escritor-subteniente. Fue solucionada asimismo de este modo la cuestión de los honorarios.

Ni que decir tiene que ahora un crítico-escritor-capitán no podía hacer una reseña negativa del libro de un escritor-comandante o de grado superior. Sólo el crítico escritor-general podía expresar una opinión desfavorable sobre la obra de un escritor-coronel.

Las ventajas exteriores del nuevo orden eran también considerables. Durante todos los desfiles, los escritores que hasta ahora parecían bastante descoloridos al lado de los deportistas, por ejemplo, lucían ahora sus cordones resplandecientes. Los galones, los sables y los puñales de los presidentes y vicepresidentes resplandecían como los chacós de todo el destacamento, por lo que aumentó considerablemente la popularidad de los escritores entre la sociedad.

Había una dificultad al tener que graduar a un escritor-original que, si bien es verdad escribía prosa, no era menos cierto que sus obras eran demasiado cortas para ser novelas y demasiado largas para ser cuentos. Además, unos murmuraban que era una prosa poética con matiz satírico, otros agregaban que este excéntrico escribía también folletines que eran

más bien pequeños cuentos no exentos de expresivos rasgos de ensayo crítico. No se le podía por tanto asignar ni a la prosa ni a la poesía y para un solo hombre no valía la pena organizar un nuevo destacamento. Se oían voces de que se les debiera expulsar; finalmente, para diferenciarle, se le daban pantalones anaranjados, el grado de soldado raso y se le dejaba en paz. Todo el país veía en él un oprobio. Por lo demás, incluso hasta si se le licenciara no sería el primer caso. Algunos escritores que, como consecuencia de su mal tipo, no les caía bien el uniforme habían sido ya licenciados anteriormente.

Sin embargo, la sociedad no tardó mucho en convencerse del error cometido al dejar a este excéntrico en las filas de la asociación. Su persona dio lugar a un incidente escandaloso que infringía los claros y bellos principios de la autoridad.

Cierto día, se paseaba por los bulevares de la capital un conocido y respetado escritor-teniente general. Frente a él iba acercándose aquel escritor-soldado raso con pantalones anaranjados. El escritor-teniente general le miró con desprecio, esperando, naturalmente, que el soldado raso le saludara. De repente pudo percibir en el chacó del escritor-soldado raso el más alto distintivo que tan sólo correspondía al escritor-mariscal: un pequeño botón rojo. Los principios del respeto a las jerarquías se hallaban tan arraigados en el escritor teniente-general, que, sin pararse a reflexionar en lo que tenía ante sí, adoptó inmediatamente la actitud de máximo respeto, siendo el primero en saludar. El asombrado escritor-soldado raso le correspondió al saludo, mientras al mismo tiempo la pequeña mariquita que se había posado en su chacó y que el escritor-teniente general había tomado por el distintivo del grado más alto, abría sus alas para proseguir su vuelo. El escritor-teniente general, furioso y humillado, llamó enseguida a un crítico de servicio, que condujo al escritor-soldado al cuerpo de guardia de la Casa de la Literatura, no sin antes haberle privado de su pluma estilográfica.

El proceso tuvo lugar en el Palacio de las Artes. En la larga sala de mármol lucían las charreteras de los jueces. Los generales ocuparon sus respectivos

sitios a lo largo de una mesa de caoba y oro, mientras los distintivos y condecoraciones se reflejaban en la superficie como en un espejo negro. El escritor-soldado raso con pantalones anaranjados. El escritor-de llevar ilegalmente distintivos que no le correspondían.

Sin embargo, el acusado tuvo suerte. La víspera del proceso se había celebrado una sesión del consejo de la cultura en la que se criticó severamente la insensibilidad frente a los artistas y la administración del arte. Los ecos de esta reunión se dejaron sentir al día siguiente en la sala de audiencias. Hizo uso de la palabra el propio crítico-escritor vicemariscal.

—No tenemos derecho a tratar la acusación de manera burocrática, vayamos al fondo de la cuestión. Es indudable que la causa que estamos examinando constituye una infracción de los principios, gracias a los que hemos conseguido, naturalmente, a pesar de algunos errores, el florecimiento de nuestra literatura. Pero ¿acaso el acusado es un delincuente plenamente consciente y activo? Deberíamos penetrar profundamente, considerar las causas, no sólo las consecuencias. Reflexionemos pues. ¿Quién fue el que llevó al acusado a su triste estado? ¿Quién le depravó, quién explotó su inconsciencia inicial? ¿Cuál era la atmósfera creadora que le condujo a esta crisis? ¿A quién debíamos castigar para prevenir en lo sucesivo procesos semejantes?

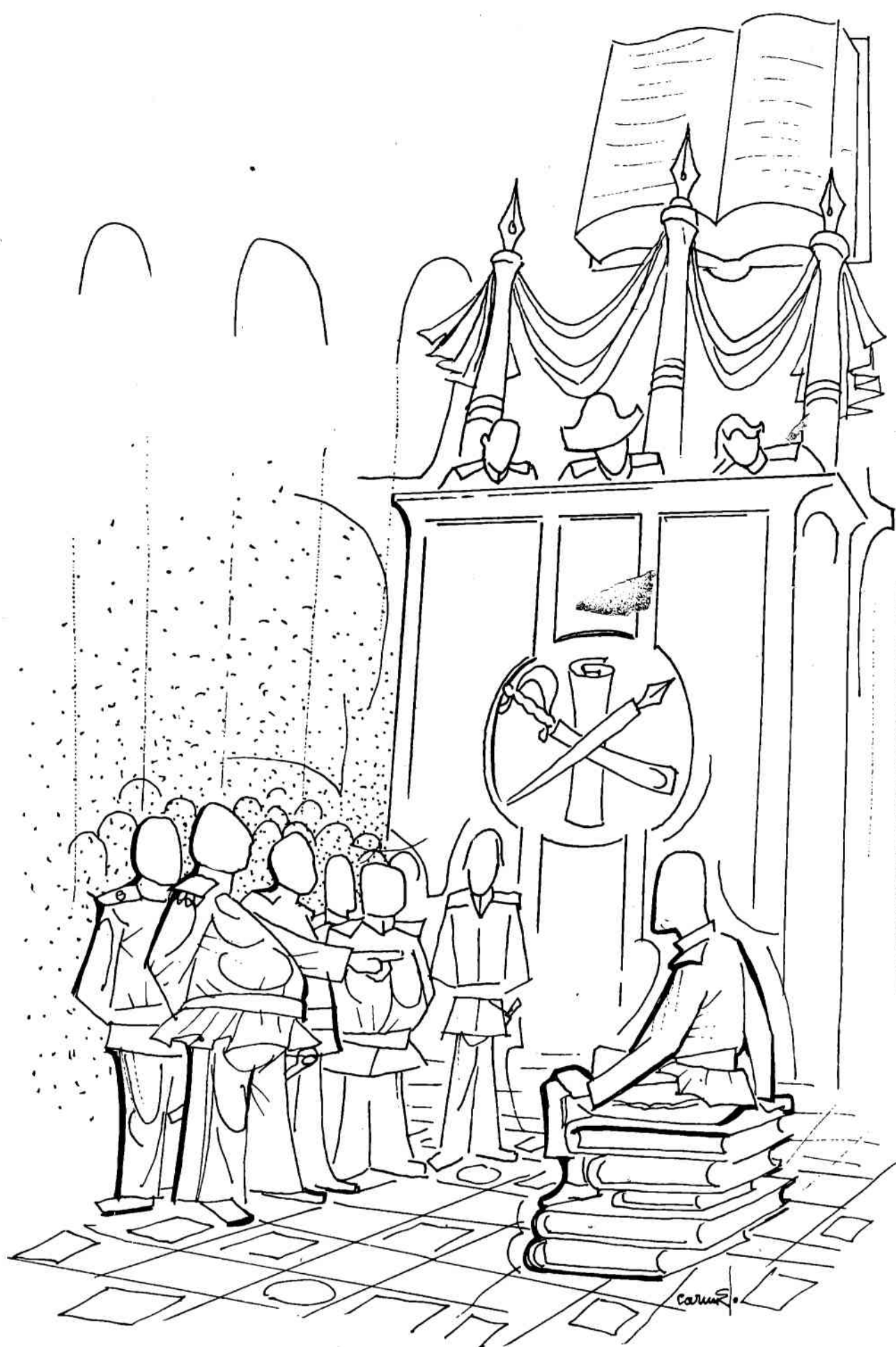
No, estimados colegas, no es el acusado el principal culpable. El era sólo un instrumento en manos de la mariquita. Es ella, la mariquita, la que, indudablemente, llevada por el odio a los principios de nuestra nueva jerarquía, llena de rabia a la vista de los adelantos que justamente debemos a nuestra precisión absoluta de los criterios, a la excelente organización de nuestra vida literaria, se posó alevosamente sobre el chacó del acusado, imitando de esta manera el distintivo de mariscal. Ella es la que no puede ver a nuestra jerarquía a la que tiene entre ojos. Por tanto, castigüemos a la mano y no a la ciega espada.

El discurso fue acogido como dirigido a las mismas raíces del mal. El escritor-soldado raso fue rehabilitado, siendo el acto principal de acusación dirigido contra la mariquita.

Un pelotón de críticos la encontró en un jardín posada sobre una lila, donde sin duda urdía sus infames planes. Ni siquiera trató de defenderse al ver que había sido desenmascarada. El proceso se celebró en la misma sala de mármol. La mariquita fue colocada en la mesa de caoba, cubierta con un platillo de cristal para que no se diera a la fuga. Todos abrían los ojos y alargaban la vista para poder ver la mariquita roja en la superficie negra. Perseverante en su infamia guardó hasta el final el silencio más obstinado y absoluto.

Fue ejecutada al día siguiente al alba con ayuda de los cuatro tomos de la última novela del mismo escritor-mariscal de la literatura, editada en papel de seda y encuadernada en tela, los cuales se dejaron caer uno tras otro sobre el reo desde una altura de metro y medio. Parece que no sufrió largo tiempo.

El escritor-soldado raso con pantalones anaranjados cayó en sospecha de haber, a pesar de todo, actuado en connivencia con el reo, no excluyéndose tampoco el que les uniera algo más, ya que se echó a llorar tan pronto como supo la sentencia, al mismo tiempo que no paraba de implorar para que la pusieran en libertad en el jardín.



ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

CON CESAR LEANTE

1

Tenía el pelo largo, casi una melena, y lo alborotaba, subido en lo alto de una de las escaleras que conducen al Instituto de la Víbora, arengando a los muchachos que lo oían al pie. Abejeaban los alumnos yendo y viniendo, en huelga por no sé qué, mientras la voz les explicaba cuál era la razón por la que debían hacerse huelgas, qué es el socialismo, cuál

debía ser la posición de la juventud. Un lidercillo estudiantil de los que infestaban las aulas por esos días (los de Prío), tenía alebrestada a la muchachada, que parecía más bien presta a saltar contra aquel orador de perfil aindiado, que a seguirlo. Pablo Hernández Balaguer y yo, que pasábamos por ahí, temíamos por el destino del improvisado y vehemente arengador, y fuimos hacia él para sacarlo de allí. Así conocimos, a finales de 1948 o comienzos del otro año, a César Leante. Al evocar ahora aquel recuerdo, tengo la impresión de que el futuro autor de *Con las milicias* tenía entonces la intención de transformar una huelga provocada por cuestiones de exámenes, en una toma del poder político.

2

Después resultó que de aquel muchacho ya nos había hablado mi hermano Manolo, quien también descubrió allí en el Instituto a Julio Herrera y a un catalán recién llegado, Néstor Almendros (entonces sólo "el catalán" o "el cáatal"), que ya lo sabía todo del cine. Y nos había hablado porque Leante era escritor. Por entonces, éramos escritores habiendo escrito apenas unas líneas, pintores casi sin cuadros, músicos sin piezas y así por el estilo. Leante venía de otro grupo, que se pasaba el santo día en la Biblioteca Nacional —situada en el Castillo de la Fuerza

a medio derruir—, y leía sobre todo novelistas rusos y norteamericanos, y política. Tenía unas ganas enormes de virar de cabeza el mundo, y una historia rara. Había estado en México en su niñez, y allí, según nos contaba deslumbrado, estudiaba en una escuela llamada Carlos Marx. Era, no hay que decirlo, bajo el gobierno de Cárdenas. Con Leante nos llegó el cariño por la Revolución mexicana, una Revolución de veras que se hiciera cerca de nosotros. Y también nos llegaron otras buenas cosas. El padre de Leante era un tipo pintoresco. Tenía una casa de baños turcos, era naturista y anarquizante. Al fondo de esa casa de la calzada de 10 de Octubre, atravesando un patio mojado lleno de vapores y bufidos, se llegaba a un cuarto destartado. En el cuarto había una colombina, y sobre ella, saliéndosele los pies por debajo de la corta sábana, dormía Leante a las horas más absurdas. Presumo que comía (cuando lo hacía) a horas igualmente absurdas. Parecía un personaje bondadoso y andariego de los cuentos de Gorki, que le gustaba mencionar, como los de Jack London. Ese era su mundo. Caminatas bajo las estrellas, discusiones casi hasta los puños por un verso o un nombre de escritor, planes para hacer la revolución, risas y alegría con un fondo de tristeza. Alguna vez, en la noche, fuimos juntos a pegar pasquines revolucionarios o a escribir grandes letreros en las paredes, pero sospecho que íbamos recitando poesías. Estaba chi-

flado por Neruda, y siempre encontraba ocasión para citarlo.

3

Llevo más de una docena de años con César Leante, así que ¿qué anécdotas no podría contar de él? Quisimos editar (junto con Julio Matas y Pedro Costa) una revista de la que sólo salió un número; hicimos viajes a bosques y playas, en algunas de las cuales estuvimos a punto de morir materialmente comidos por los jejenes; soñamos enormes sueños políticos que quisimos conciliar, no sin dolor, con enormes sueños artísticos; y un día, no sé bien cuándo, encontramos que habíamos dejado de ser aquellos libérrimos y felices muchachos. Creo que el primero que se apareció en serio con cuello y corbata se debió sentir en su interior como un miserable. Lo cierto es que hubo que pensar en ganarse la vida. ¡Terrible pensamiento! Ahí mismo se alborotó todo. Atrás quedaron los barquitos en que cruzábamos el mar cantando, las caminatas sin orden ni concierto, las conversaciones en un parque cualquiera, recitando versos hasta que nos diera la gana, los pasquines y los letreros, las discusiones hermosas. Por lo visto había que ganarse la vida. Así, además, Leante no tendría que ponerse los zapatos sin medias, ni vender los libros de matemática (¿de otros?) para almorzar. Pero ¿qué iba a hacer para vivir, para comer? Creo que intentó dar clases, como yo intenté adaptar una obra de Shaw para radio; pero al fin, en el reparto, fueron las clases para mí y el radio para él. Y aquí empezó en verdad un nuevo capítulo de su vida, que es sobre todo —y por eso me interesa contarlo— un capítulo, con las variantes del caso, común a los que entonces empezaban a pechar la vida. Cuando oigo hablar de que al escritor se le coarta la libertad de expresión en una sociedad socialista, me dan ganas no sé si de reírme o de dar un golpe. No teniendo otro instrumento que su escritura, de ella debía vivir Leante. ¿Y en qué? Pues de cabeza al radio. Ah, pero la cosa no era tan sencilla. Ahí empezaría Leante a experimentar la libertad de que disfrutaba un escritor en la vieja sociedad, si de verdad quería vivir de ser escritor. ¿Mencionar la mise-

ria, los trabajos, las injusticias, la explotación, el dolor? No, hombre: ni hablar. Horrendos novelones —mientras peores mejor retribuidos— o nada. Me contaba Leante, ya sólo con tristeza en la cara: —Hay un programa que se llama *El destino está en tus manos*. ¡Y uno quisiera decirles a los pobres oyentes de un batey, de un solar: sí, el destino está en tus manos, coge un palo y rómpeselo en las costillas al dueño, al capataz, al guardia rural! En vez de eso, los novelones espantosos, con héroes y heroínas de nombre compuesto. En homenaje a una vieja y leal amistad, cumplí mi promesa de no escuchar jamás una línea de esos bodrios que lo destruían. Pero ¿seguía haciendo sus cuentos, su teatro? Quizás (creo que alguna vez hablamos de eso) temía que su buena escritura la contagiara la mala, de la que vivía, haciéndola inservible para sus fines. En ese matadero se desgastaba Leante, el romántico vagabundo que encontré en una escalera, arengando a los alumnos.

4

Y entonces, la Revolución, como un trueno; la Revolución agrietando, desbaratando aquella costra del pasado. Leante saltó. Quiero decir que dio saltos físicos de alegría, porque cuando llegué a su casa aquel inolvidable primero de enero de 1959, estaba brincando jubiloso como un canguro, y me cargó en peso cuán largo soy en uno de esos saltos, con grave riesgo de descalabro. Apenas unas horas antes había abandonado su casa, llenos ambos de ansiedad. Presumo que Leante, no ha parado de saltar. La Revolución le ha devuelto entera su áspera, dura y hermosa adolescencia. Leante echó enseguida por la borda su puesto al parecer importante en radio y, como un humilde y felicísimo principiante, empezó una nueva vida: de periodista. Pero no, desde luego, al viejo modo, sino periodista de estos días creadores. En *Revolución* y en *Lunes de Revolución* se vieron sus páginas fervorosas. Lo demás ya no es pasado. Incorporado a las Milicias entre los primeros, nos acaba de entregar un libro que es un testimonio admirable de la gran tarea cumplida por nuestros milicianos, desde la caminata de los 62 kilómetros hasta



César Leante FOTO McLUCAS
Ganas de virar de cabeza el mundo

los fuegos de Playa Girón. Cuando supe que nuestra Unión de Escritores y Artistas iba a publicar éste como su primer libro, sentí una gran satisfacción. Conocía algunas de sus crónicas. Ahora, después de leer entero este libro vivo como un ser humano, no hago sino sentir más satisfacción. Otros compañeros han hablado ya —y seguirán haciéndolo— del libro, así como yo he preferido evocar aquí la figura del autor. Oíré comentar del libro con orgullo fraterno.

JULIO LE RIVEREND

DE OFICIO, POETA

Un día del mes de mayo de 1838 cayeron presos en diversos lugares de La Habana, cuatro personajes que la historia sólo recuerda a través de los documentos que se conservan en el Archivo Nacional. (1) Uno de ellos se decía, poeta, y tenía la fama de tal, y, años atrás, en sus vinculaciones con el grupo aristocrático de Del Monte, se le llamaba, un poco en son de burla, el "Ministril de la Poesía", apelativo que posiblemente usaba él mismo. Se llamaba Dionisio Mendoza. Vivía en el Barrio de Jesús María.

A todos se les acusaba de distribuir un impreso subversivo, que vendían a la gente, haciéndolo sin mucho recato.

El impreso, bajo el título de "Defensor del Pueblo, Diario de Cádiz, del 15 de diciembre de 1837" comprendía dos partes, una denominada *Carlismo en la Isla de Cuba*, y a continuación otra bajo el nombre significativo de *Una Página a la Historia Moderna de la Isla de Cuba*, fechado en La Habana, abril 23 de 1838. Todo con un pie de imprenta que decía lo siguiente: "En New Orleans, 1838, Imprenta del Courier".

Ambos textos, especialmente el segundo, estaban dirigidos contra el General Tacón, que por los días en que el folleto circulaba había sido relevado de su cargo para que lo sustituyera el General Ezpeleta. Con motivo de esa disposición superior se habían movilizado todos los cavernícolas, usufructuarios del régimen colonial, publicando documentos a favor del Mandón retirado y promoviendo rumores públicos acerca de que él no abandonaría el Gobierno de Cuba.

A Mendoza, que según los documentos, era "de oficio, poeta" le encontraron una serie de papeles, no solamente el impreso de marras. Entre dichos papeles hay algunos de interés; como, por ejemplo, un calendario de acontecimientos de La Habana, en el cual curiosamente se anotan, sobre todo, los fuegos habidos hasta la fecha en que se ocupó la documentación. Se hallaron sonetos, versos sueltos, un horrible dibujo, en forma de orla, como para inscribir dentro de la misma un soneto y varias hojas

impresas con décimas que son, evidentemente, obra de Mendoza. Todo parece indicar que Mendoza, hombre de pueblo, era un poeta fácil, como muchos había en la época, que se dedicaba a escribir para fiestas familiares y para otras ocasiones y que, de acuerdo con su oficio, libraba sustento con sus versos. No muy lejos estaba él de lo que constituyó una buena parte de la vida de Plácido. Era de aquel grupo social marginado que no podía vivir de oficio lucrativo en el infierno de la sociedad esclavista y aprovechaba un mínimo don y una cultura, quizás también mínima, que le permitían pasearse entre la clase media colonial, el inmigrante enriquecido o el criollo vinculado a los grandes intereses, que tenían unos centavos disponibles para pagarle al poeta algunos versos de oportunidad: en el aniversario de la muerte de un hijo, en el cumpleaños de una hija; en acción de gracias porque una tía se ha curado de alguna enfermedad...

De este poeta es el soneto siguiente, copiado textualmente, que encontraron entre sus papeles:

No quiero más tu amor falsa inconstante,
mudable cual ninguna, sin cariño
yo ví tu inconsequente desaliño
y ví que era locura ser tu amante.

Mírame alzar la frente ya triunfante
libre de los combates del Dios niño
pues a tu voluntad yo no me ceño
ni llevo mi designios adelante.

Tu nuevo seductor será engañado
cual yo en tu tiempo que dígenes impía
que de dicha gozabas a mi lado
ahora me hallo colmado de alegría.
Y pues estoy al fin desanimado
tuya es la afrenta, la ventura, mía.

Y como, posiblemente se trataba de versos solicitados, a continuación, y no lo reproducimos porque basta con la muestra, había otro soneto en el que contestaba la dama aludida.

Lo condenaron a cuatro años de presidio. Entre otras acusaciones que le hizo, el fiscal señaló que era "de oficio, poeta", y el defensor ante la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente rebatió la acusación explicando que aquello no podía constituir cargo alguno porque, además, Mendoza había presentado unas décimas escritas en las que alababa las virtudes del gobernante Tacón. Lo cual no podía ser extraño en quien como él era uno de los numerosos seres que tenían que vivir como pudieran porque la constitución y la organización de la sociedad los destinaba a eso, a un encanallamiento, quizás inconsciente, del cual extraían buen provecho todos los esclavistas y todos los parásitos de la organización política colonial.

Hay más, hay mucho más, en todo este anecdótico acontecimiento en el que anda la poesía como delito en boca de los fiscales y en boca de los abogados defensores como virtud porque se ha puesto al servicio de Tacón. El documento titulado *Una página a la Historia Moderna de la Isla de Cuba*, no solamente refleja el criterio de un criollo de la aristocracia, sino que tiene un párrafo que hallamos en una carta escrita por Domingo del Monte a don Alejandro Olivan, el 25 de abril de 1838. (2)

Y por otra carta de Pepé Alfonso dirigida a Domingo del Monte, sabemos que éste le envió un ejemplar del impreso por aquellos mismos días. El comentario de Pepé Alfonso, el Marqués de Montelo, hacendado azucarero permanentemente ausentista que vivía embriagado por la cultura francesa en París, parece indicar que sospechaba la participación de Domingo del Monte en la redacción del documento porque lo acusa, intencionadamente, de estar mal escrito. (3)

El parentesco de los párrafos del impreso y de la carta de Del Monte a Olivan no es pequeña cosa. En ambos párrafos se habla de que los que apoyan a Tacón son los mozos de tiendas, de bodegones, de cafés, sirvientes domésticos, aprendices de sastres, en suma el proletariado que forma "la cachaza de toda sociedad". Y en cambio, los nombres aristocráticos no se han alineado al lado de Tacón: ni los Drake, ni los Knight, ni los Castillo, ni los Fesser, ni los Albear, ni los Chacón, ni los O'Reilly, ni los Peñalver, y yo diría ni los Aldama a cuyo emporio financiero pertenecía Del Monte; sólo aparecían algunos comerciantes españoles enriquecidos.

La aristocracia criolla de la época temía a ese proletariado inmigrante que arribaba con sueños de riqueza, encontraba el país en manos de pequeños grupos de gente poderosa, y, en consecuencia, se manifestaba antiaristocrático y, en buena medida, anticriollo. Los intereses coloniales aprovechaban esos sentimientos para usar al inmigrante como una fuerza política en contra del progreso de Cuba. De ahí salieron los voluntarios.

Y Dionisio Mendoza, con su oficio de poeta, mientras por un lado servía al poder colonial, por otro ayudaba a los criollos que publicaban impresos supuestamente editados en New Orleans. Pero, en definitiva ¿qué era él? Antes y después de la sentencia no era más que una víctima. Decenas, centenas de millares de víctimas, como Mendoza, y aun sentenciados, de peor manera, a morir triturados por el trabajo, amasaron la conciencia nacional, para que el oficio de poeta sea una viva expresión de nuestras grandes fuerzas creadoras.

(2) Revista Cubana, T. 10.

(3) Centón Epistolar de Domingo del Monte, T. III.

(1) Archivo Nacional, Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, Leg. 21, Expediente 1.

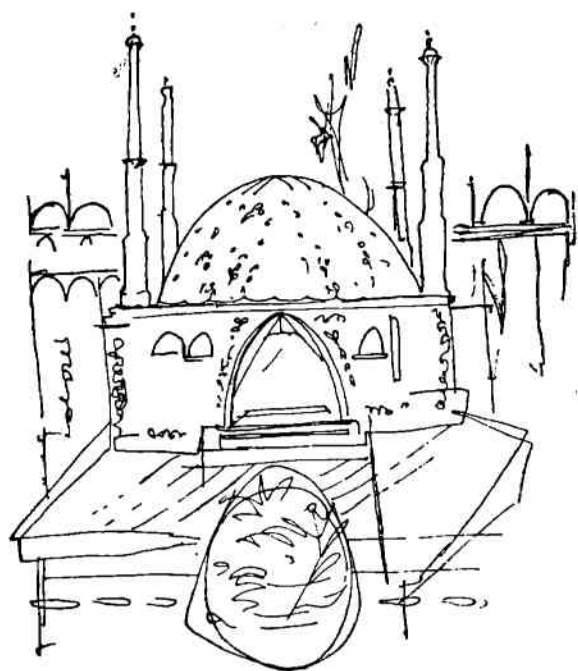
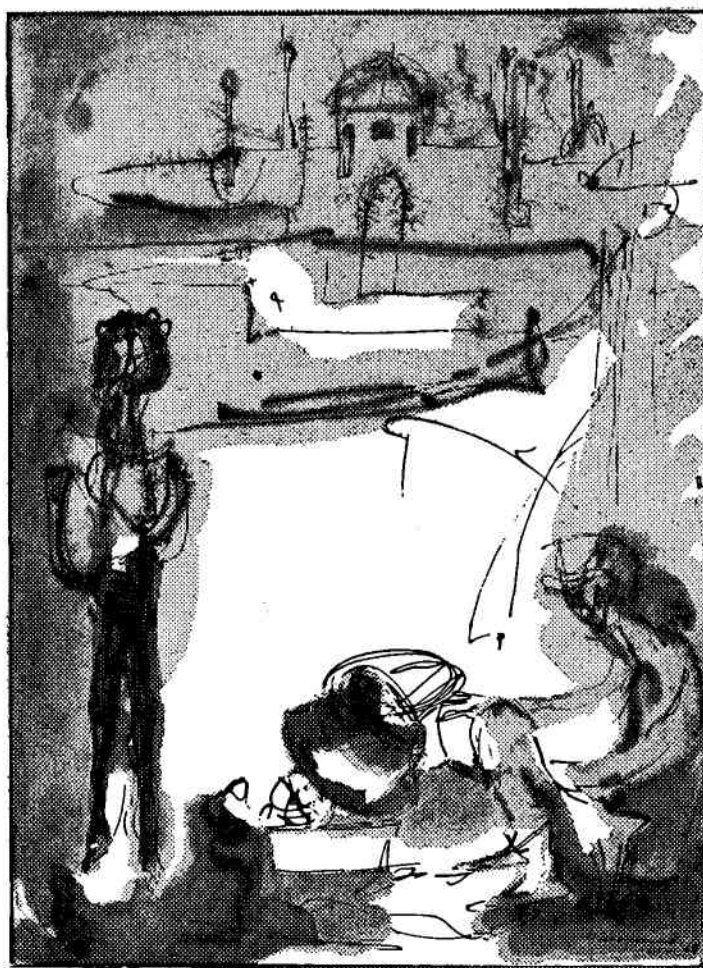


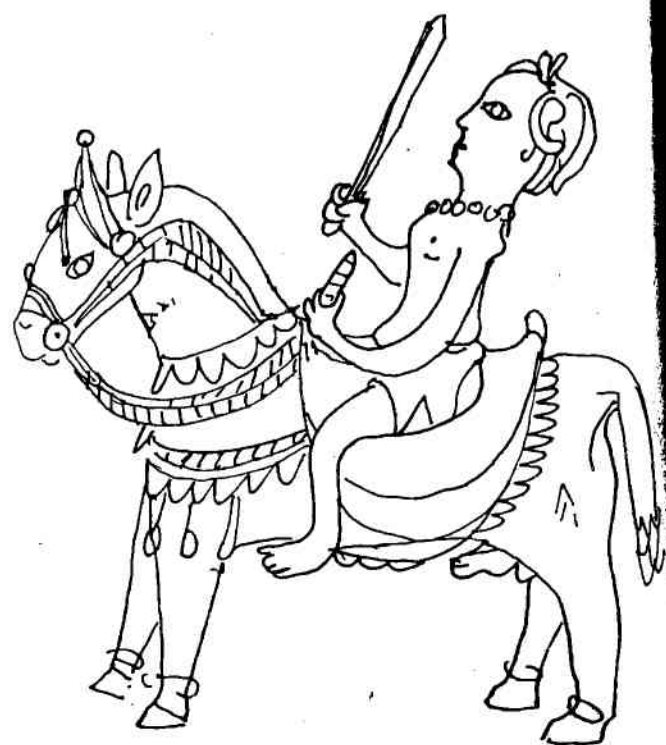
FOTO McLUCAS

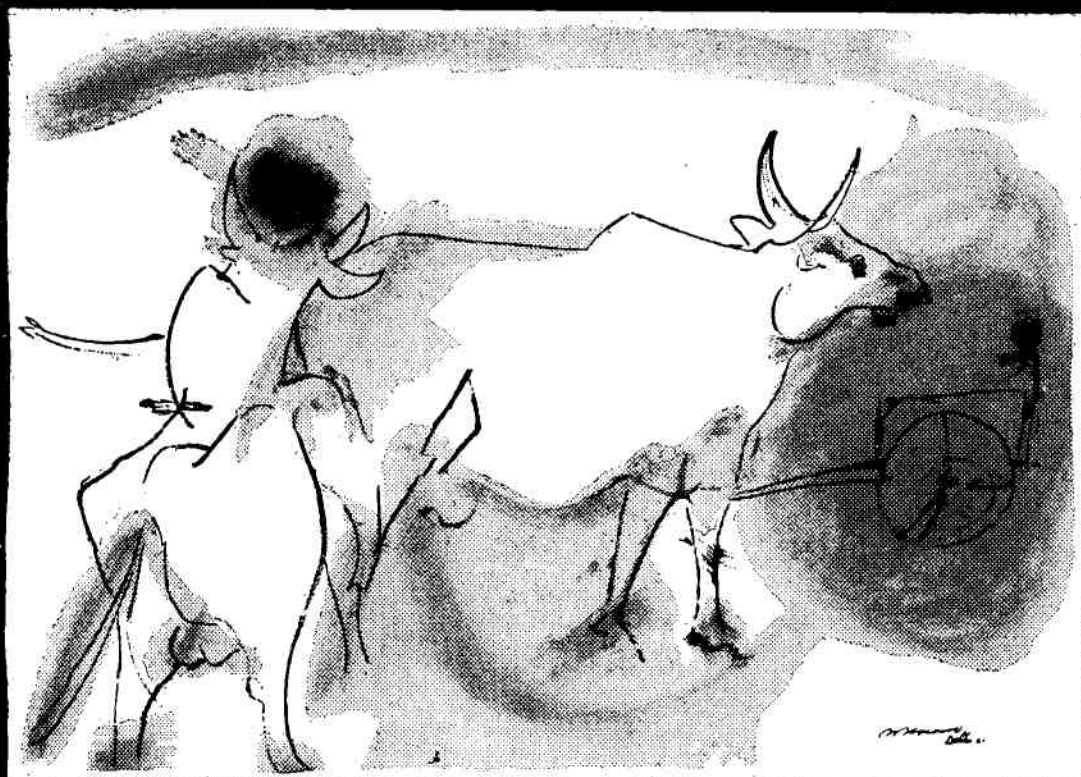
MARIANO

EN LA INDIA



El próximo Veinte de Mayo, en la Galería del Consejo Nacional de Cultura, se abrirá una exposición de Mariano. Ofrecemos algunos de los dibujos que serán mostrados.





Cuando nos enteramos de que el pintor Mariano estaba en la lejana tierra de Gandhi y Nehru, nos preguntamos si su arte maravilloso quedaría impregnado de otras esencias y colores. ¡Es tan peligroso a veces el trasplante de un artista a otras latitudes espirituales! Ahora contemplamos esa fulgurante cosecha que nos trae desde Asia Mariano con asombro y deleite. De sus dibujos, algunos reproducidos ahora en *La Gaceta de Cuba*, han salido cuadros al óleo que recogen su encuentro con el paisaje y el hombre de la India. Pocos saben, quizá, que antes de pintar una tela, Mariano hace innumerables bocetos; estos dibujos tienen la virtud de ir preparando la composición de sus temas imaginativos. Por lo tanto, hay que ver en estos finos dibujos de Mariano, a la vez, un lazo con la realidad circundante y una obra perfectamente encerrada en su propia determinación. Vemos su visión de una ciudad de la India, a través de un velo impalpable que nos prohíbe la caída en la pura anécdota del viajero superficial y tedioso. Esta ciudad después se revistirá de colores y formas ceñidas por el encantamiento de la evocación. O sorprendemos en el paso pausado y rítmico de una doncella de Rajastana el recuerdo de una danza hindú que aflora en la memoria del pintor. En esa figura de bailarina está presente la fina línea y el ondulante vuelco de las formas de Mariano. Más tarde, esa intuición del movimiento caerá de lleno sobre la tela infundiéndole a la totalidad ese gracioso y envolvente ritmo que últimamente define la obra del artista. Es la misma obsesión que despierta la mano de Mariano cuando dibuja a tres mujeres en un cerrado compás de baile exótico.

Ananda K. Coomaraswamy ha dicho del arte de Asia: "Las imágenes de la India o del Extremo Oriente, talladas o pintadas, no son ni imágenes recordativas ni idealizaciones, sino símbolos visuales, en el sentido matemático. . . La imagen del arte oriental, en rigor de verdad, sólo existe en nuestra mente y en nuestro corazón y de allí es proyectada o reflejada en el espacio." Cuando leí estas aclaraciones sobre el arte oriental, todavía no había visto estos dibujos de Mariano. ¡Pero con qué relevancia podemos aplicarlas a estos dibujos! Pues estos dibujos son precisamente eso: símbolos visuales de lo que el pintor vió en su recorrido por pueblos y campos de la India. No son nada recordado ni idealizado. Son sus imágenes las que nos entrega. Imágenes de un pueblo y un paisaje reflejadas en el espacio como se reflejan en los ríos las fabulosas piedras de sus palacios y sus templos. Imágenes trazadas en matemática precisión para proyectar lo que Mariano sintió en su corazón ante este mundo extraño y maravilloso. El dibujo de los bueyes, animales sagrados para los hindúes, nos da esa sensación de placidez y calma que ilumina toda la filosofía budista. Ese mundo contemplativo, sereno y estático que Henry Michaux ha descrito tan brillantemente en *Un bárbaro en Asia* se trasluce en estos dibujos de Mariano. En los cuadros que siguen la evolución de estos dibujos se rompe este majestuoso ritmo interior. El yo, que la filosofía hindú requiere a la nada, se vuelca con la furia del color y la dinámica de las formas. Pero en los dibujos todavía podemos ver cómo Mariano ha intuído y plasmado con la finura de su línea la misteriosa abstracción de la realidad para eternizarla en su personal recuerdo artístico.

J. R. F.

ONELIO JORGE CARDOSO EL CUENTERO

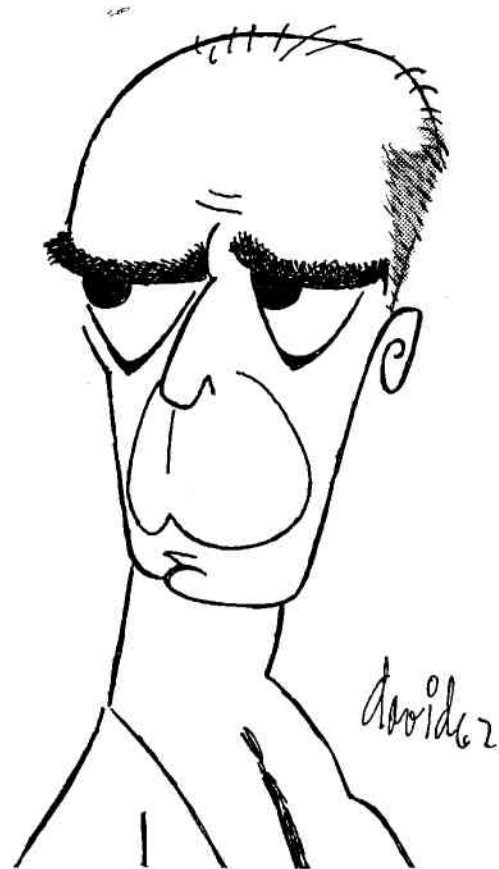
Una vez, por allá por Oriente, estaba oyendo a un campesino contar sus experiencias en la recogida del arroz. Estaba extasiado, verdaderamente. El que nos decía sus experiencias tenía el don de cautivar con sus palabras donde se mezclaban esos giros idiomáticos tan del pueblo y que al mismo tiempo me traían a la memoria la prosa de los clásicos españoles. Porque el habla del campesino todavía conserva esa pureza del idioma que se ha ido perdiendo en la ciudad. Cuando un campesino dice "vide" por "vi", recordamos que así hablaba Cristóbal Colón, como descubrí un día leyendo el *Diario del Gran Navegante*. Mientras oía al campesino, meditaba lo que serían esos cuentos elevados a la categoría de arte literario por uno de nuestros escritores de ficción.

Esta hazaña es la que Onelio Jorge Cardoso ha logrado a plenitud con estos cuentos que nos ofrece ahora en Ediciones R. Son sus *Cuentos Completos* uno de los libros más importantes y reveladores que se han publicado en Cuba en mucho tiempo. Tengo que confesar que nunca había leído un solo cuento suyo. Por instinto le huyo a la literatura costumbrista, pues la mayoría de las narraciones que se ocupan de lo popular tienden a caer en temas estereotipados, simplistas y vulgares. Cuando veía algún cuento suyo en *Bohemia*, pasaba la hoja. Confieso mi culpa, pero también la justificación está en esa literatura tediosa y hueca que nos han brindado nuestros cultivadores de lo folklórico. Ha habido muy pocos verdaderos artistas del cuento que se han ocupado de las vidas humildes de nuestros campesinos y de nuestros hombres del mar. Entre estos pocos tendremos que colocar ahora el nombre de Cardoso, si acaso no es el mejor de todos ellos.

Son muchas las razones que justifican esta afirmación. Primeramente, Cardoso tiene ese don de todo verdadero cuentista: nos mete de lleno en su mundo desde el primer momento en que empezamos a leer uno de sus cuentos. Por ejemplo: "Afuera se esperaba un cielo de tinta". (*Una visión*). Aquí la palabra "tinta" nos impresiona enseguida y nos impulsa a seguir leyendo. "¡Qué viejo aquel Baltasar de los Pinos y las cosas que decía!" (*Leonela*): despierta nuestra curiosidad por saber qué "cosas" van a pasar. Casi siempre los cuentos de Cardoso "arrancan" con un acto o una conversación como si hubiese descubierto a sus personajes en un momento muy activo de su existencia. Esto también es una manera de lograr inmediatamente la atención del lector. "Yo estaba mirando la esquina de la mesa y luego tendí la vista..." (*Mi hermana Visia*) "Entre las seis y las siete de la tarde un hombre... llegó corriendo hasta el lindero..." (*El homicida*). "El hombre iba descalzo sobre su canoa" (*Donde empieza el agua*). Como en los viejos tiempos, Cardoso se vale muy a menudo de la técnica convencional del narrador que cuenta dentro del cuento sus experiencias. Así en "En la caja del cuerpo" se comienza con las palabras

de alguien a quien no se identifica hasta más tarde cuando una mosca interrumpe las palabras del narrador: el mulato. En "El cuentero" es Juan Candela el que se dedica a contar cosas por contar. Este personaje es como la glorificación de ese tipo popular que encontramos por los campos de Cuba, que se dedica a entretener a sus compañeros contándoles historias. Cardoso da a entender que Juan Candela es una especie de artista pues nos deja ver cómo ejercía una fascinación especial sobre los demás parecida a la que sentimos ante una obra de arte verdadera. También nos da a comprender la profunda necesidad que tenemos todos de creer en algo más hermoso, en algo ideal, en el arte y la poesía que encierran las historias de Juan Candela. Cuando él no venía a contar sus historias, todos sentían que echaban de menos la "maravillosa palabra de Juan Candela". En un momento, el que estaba contando la historia de Juan (pues hay dos narradores en este cuento como en otros de esta colección) nos dice "empezaba a comprender que Juan era eso: una cosa que tiene que ver con las estrellas, una cosa que es aunque no lo parezca. Algo fuera del tiempo, del barracón, del mundo". Y más adelante Marcelino dice: "Hay que creer en algo que sea bonito aunque no sea". Esta ansia de saber de algo que "es aunque no lo parezca" es el único consuelo de los humildes y explotados hombres de nuestro campo e indirectamente Cardoso desliza una crítica de ese mundo donde las cosas bellas están ausentes. Soriano exclama al final del cuento: "Nosotros no hemos salido de aquí ni hemos visto esas cosas". Y el narrador termina aclarando "porque él era él, y embotaba los sentidos y tapaba el piso de tierra donde vivíamos..." El cuentero Juan con sus fantasías, con su arte que alimentaba la necesidad de ensueños y de poesía, lograba que sus humildes compañeros campesinos realizaran precisamente eso: olvidar sus miserias, su tedio, su vida vacía de toda ilusión. Es lo que Cardoso quiere comunicarnos con esa bellísima frase: "tapaba el piso de tierra donde vivíamos".

Otro de los aspectos más dignos de destacar es cómo Cardoso se ha ido haciendo de un estilo único, inconfundible. Su prosa es escueta, directa, poética. No abunda en descripciones innecesarias de nuestro campo, ni se detiene en bucear en el alma de sus personajes. Casi todos los cuentos se desarrollan con rapidez como si fueran, como ocurre a menudo, el relato de uno de esos campesinos parlanchines que pueblan su libro. Ese profundo respeto por el hombre humilde o la mujer sufriendo lo lleva a destacar siempre las anécdotas más triviales, al parecer. Pero su extraordinaria maestría es cómo logra despertar nuestro interés, nuestra compasión, por esos pequeños incidentes de la vida diaria. Esta actitud de consideración ante sus semejantes está resumida en estas palabras: "No debiera importar una vida más o menos, pero es que no hay vida semejante sin que sea vida propia porque todos somos hormigas de la misma raza y fatiga". (*Estela*) Ese dolor que siente el autor ante tanta fatiga inútil, tantas vidas rotas en la lucha por sobrevivir en un medio de explotación, a veces se tronca en un gesto amargo e irónico como en el cuento "Los cuatro días de Mario Benjamín". Aquí se refleja la insensatez del hombre con alma de poeta que lucha en un medio cruel por conseguir un parque para los niños de su pueblo. La historia está relatada con un tono piadoso pero irónico a la vez. Cuando Mario se suicida, dándose un tiro, ante su fracaso y el engaño que ha sufrido a manos de los falsos filántropos, el narrador sólo puede exclamar ante su cadáver; "¿por qué no lo hiciste como



Onelio J. Cardoso
El hombre tiene dos hambres

cuando con tu escopetita, tu corcho y tu cordelito?" Porque la mayoría de los personajes de Cardoso son seres que sufren en su propia carne las consecuencias de vivir en una sociedad de explotados y explotadores. Estela muere tuberculosa por su trabajo agotador de despalladora de tabaco; Visia sucumbe a la mala vida del prostíbulo; Mario Benjamín se suicida, desilusionado; "El hombre marinero" se ahorca perseguido por la burla de su mujer y los hombres; Lico muere a manos del explotado Juan, que en gesto de rebeldía lo golpea con una piedra como siempre hace el infeliz ante el gigante; Nino mata al guardia rural que quiere arrebatarle sus bueyes; Leonela muere en brazos del novio que no pudo salvarla del hombre viejo y rico que se la compró con su dinero. Los otros cuentos de Cardoso expresan las ilusiones de seres que viven en una sociedad donde no pueden satisfacer sus necesidades espirituales. Este es el tema de uno de sus mejores cuentos, "El caballo de coral" donde nos presenta a un hombre, que con todas sus riquezas, siente la necesidad de algo más puro en su vida. El narrador comenta al final: "El caso es que mientras más vuelta le doy a las ideas más fija se me hace una sola: aquella de que el hombre siempre tiene dos hambres".

Podríamos decir que todos los cuentos de Cardoso se tejen alrededor de ese tema fundamental: que el hombre tiene dos hambres y cuando no las satisface termina en la derrota moral y física. Es un comentario moral, profundo sobre la sociedad en que le tocó vivir a la mayoría de sus personajes: la sociedad capitalista que nuestra Revolución Socialista ha abolido para siempre en Cuba.

Mucho se podría escribir sobre estos cuentos ejemplares de Cardoso. Baste por hoy señalar que con la aparición de este libro, se enriquece de manera extraordinaria nuestra literatura narrativa.

ONELIO JORGE CARDOSO

LOS CUATRO DIAS DE MARIO BENJAMIN

E. P. D. Mario Benjamín Velarde.

Díjole adiós a esta mansa vida el 3 de los presentes.

Aquí, junto a tus restos mortales, que ahora yacen bajo la fresca grama del cementerio cerca del Monumento a los Mártires-Bomberos, donde todas las tardes de retorno suele ponerse a cantar una bandada de gorriónes camineros, nos quedaremos nosotros a contarle a algún viajero tus cuatro días de vida soñadora, Mario Benjamín Velarde y que en paz descanses.

El escenario

Tú no me negarás Mario, que está bien hecho este cálido pueblo nuestro tan bañado de luz y al pie de su montaña. El río, que no sigue la disciplina de las calles ni la conducta de la gente, se le ve desde el Mirador de la montaña entrar curvando por el patio de María Celestina y corretear luego como un muchacho por entre piedras hasta la Villa del señor Alcalde. Después se da una vuelta por el costado de la Iglesia dejándoles algunas limosnas de humedad a las viejas paredes donde reverdecen los musgos y al fin se agacha para pasar el puente de La Cruz. Pero en verdad, Mario, donde nuestro pueblo se nos vuelve un puñado luminoso en la mano, es desde la altura de la montaña. De allí donde tú solías mirarlo tantas veces con los tres soles del día para ver cómo se iba dorando a tu gusto.

Yo, Mario, todavía me encanto de nuestro pueblo y de nuestra gente; de esta gente que desde la altura del Mirador no se les siente tanto. Me gustan, todos los vecinos de nuestro pueblo: Facundo enloquecido y sobre el trote de su burrita repitiendo que nació primero que su padre. Don Gregorio, el juez, con sus yugos todo el día y los eslabones de su leontina sobre el chaleco ventrudo. María Celestina, con su ir y venir, el cuello lleno de collares vivos, la cabeza blanca y en toda ella como la huella y la memoria

de haber sido mujer tremenda, en otros días muy reclamada de varones. A todos, Mario, a todos los quiero y me gustan porque tanto tú como yo estamos hechos de muchas partes de ellos mismos.

Nacimiento e infancia de Mario

Este lugar en que naciste, Mario, te debe mucho. Por deberte te debe hasta tu muerte, porque fuiste único entre los elegidos del contado vecinaje de nuestro pueblo. Naciste poeta y esa fue tu gloria y el agujero de tu vida. ¿Recuerdas aquella vez en que a solas en el río, con doce años de vida en tu cuerpo desnudo te sentiste inesperadamente como una continuación de los árboles, el ladrado de un perro o un pez nadando en la atmósfera? ¡Con qué desconocido temblor para los demás te sentiste sacudido hasta la más tierna fibra de tu ser! Habías sentido pasar el paisaje por tu carne y por tu mismo corazón y si acaso hay alguna puerta por allá arriba puede que al cabo de tu viaje te lo tengan en cuenta, aunque aquí abajo no lo sepamos nunca y sigamos llevando Marios al cementerio.

Bueno, para terminar con tu infancia, quiero recordar sólo aquella vez que los Reyes Magos tuvieron memoria de ti y te dejaron una escopetita de esas con el corcho y el cordelito. Tú no quisiste jugar a lo que juegan todos los niños del pueblo, a matarse

con escopetitas. Tú te apuntabas a la sien y disparabas el tiro de corcho. Tonterías de niño que ha nacido poeta y le gusta ver crecido su rebaño aunque sea a costa de quedarse sin ojos.

Un poco de amor que pasó pronto

Hay un perfume por medio. Se metió entre aquella muchacha y tú. Todo porque por la noche el viento sopla de tierra y en el parque de nuestro pueblo tú sabes que hembra y varón pasean en contra. Este pasear es muy sabio, Mario. No lo hizo el cielo, pero lo descubrió el instinto. Lo encontramos nosotros los habitantes de nuestro pueblo: caminando en contra es como se ve a favor; a favor de aquel perfume y luego de aquella sonrisa y luego de aquel amor, el mejor momento de tu vida, Mario.

Claro que tú eras poeta y escribiste muchas sandeces acerca de tu amor, pero se te pueden perdonar porque después de todo tú te sacrificaste luego en la madurez por la mejor obra de nuestro pueblo: el Gran Parque Infantil que todavía no se ha levantado.

Sueño mayor de Mario

Desde luego que vivías casi de casualidad ¿De qué otro modo pensabas vivir si estabas líricamente hecho para chocar con lo cotidiano, lo mezquino y lo necesario? ¿Te figurabas que se puede de poeta pasar ileso por la vida? Hay cosas, Mario, que a veces me molestan de ti y me dan ganas de espantarte los gorriones del Monumento a los Mártires Bomberos, pero luego pienso que si no me tienes a mí por amigo, ¿a quién vas a tener en este pueblo donde todos los cumpleaños de "La Sociedad de los Tres" le llevan flores al busto en vida de Pacheco Osteiza, El Benefactor?

Nada, Mario, que hiciste muchas tonterías. Por ejemplo, en tu primera visita al Benefactor, refiriéndose él a los asuntos de su parque, repitió que era innecesario un parque infantil para niños, y tú, tonto Mario, le atajabas que con lo de infantil bastaba sin añadir el complemento de para niños. ¡Ah, Mario, cómo te faltó el sentido de dejar a un Benefactor su lengua natural! Cosas hiciste de tan poco seso, que de ahí te vinieron tus males en buena parte. Tú no entendiste nunca que el Benefactor no podía ser honrado ni con el idioma.

Mario camino de su sueño mayor

Porque tú fuiste el de la idea y otra cosa que se diga es infamia. Yo leí en "El Heraldito de la Buena Voluntad". La noticia era sugerente y bella: "Mario Benjamín Valdés, quien no tuvo niñez, quiere parque para los niños de este pueblo". Corrí a abrazarte, Mario. Era tu idea una cosa de buen poeta, porque aunque no lo sabe mucho la gente, los poetas son primero corazón y luego consonancias medidas o versos libres. ¡Pero qué desgraciadas cosas pasan cuando no se encuentra el hombre a tiempo o si se encuentra es un poeta creyéndose a los demás los mismos sentimientos suyos! Esto va directo para ti, Mario, porque es hora ya de que sepas lo que pasaba casi delante de ti sin que tú lo vieras.

Mira Mario, el presidente de "La Sociedad de los Tres" y el Benefactor Licenciado Osteiza, no sintió como tú jamás pasar el paisaje por su carne, ni por la ventanilla de su automóvil siquiera. Lo que sí procuró siempre y en buenas cantidades, fue llevarse al estómago los mejores productos del paisaje. Ahí está la diferencia, Mario, ¡pero qué vas a entender de estas cosas si ya le suponías al Licenciado el mismo corazón tuyo!

Tú viniste aquella mañana a "La Sociedad de los Tres" radiante de gozo. Desde el otro club, el de "La Sociedad de los Cuatro", te miraron y sonrieron perdonadoramente. Acaso alguno pensó: "Allá va Velarde con su comida por las nubes y sus poesías para recitarlas sin dientes". Pero bueno, tú ibas a la presencia del Licenciado y como yo me paso los siglos agarrándome de tener organizado el archivo de la Sociedad, de modo que no puedan cesantearme así como así porque luego se vuelven locos buscando un papel. Yo estaba allí como todas las mañanas y oí el diálogo que te devolvió a la calle por primera vez con las esperanzas perdidas:

Bueno tú contestaste a medio contestar porque hasta en eso andaba frágil tu naturaleza que con tanto que decir no lo decías a menos que fuera en verso y bien medido.

Es muy fácil, señor Benjamín, lanzar ideas y querer a los niños, pero realizar los hechos en beneficio de ellos tiene otra medida y otro esfuerzo que no se puede. Me niego y conmigo se niega "La Sociedad de los Tres" y toda su lista de numerosos miembros, a crear ningún parque infantil para niños.

Y saliste a la calle, Mario, cuando ya los asociados competidores de "La Sociedad de los Cuatro" habían empezado su amable partidita de barajas.

Un secretario inteligente

Yo no sé, Mario si tú sabrás —y me sospecho que nunca lo advertiste— que un archivero no termina su trabajo temprano jamás y menos cuando ha venido un amigo allí y al marcharse es seguro que se hable de él. Por eso yo me quedé cuando tú saliste y vi venir hacia el Benefactor a Jimeno su secretario. El Benefactor lo recibió con un buen chorro de risa a costa de tu persona:

—¿Sabes Jimeno —le dijo— que estuvo a verme Velarde el poeta de la comida por las nubes y vino a hablarme de un parque infantil para niños. No tengo que decirte, desde luego, que la primera virtud de Jimeno ha sido siempre dejar al Benefactor que redunde generosamente.

—Niños a mí, Jimeno, ¿eh? cuando todavía nos falta recoger para los Carnavales que tanto prestigio cultural dan a nuestro pueblo y tantas serpentinatas me compran en la tienda.

—Sinceridades, Licenciado.

—Sinceridades repartidas, mi querido secretario —ripostó a quemarropa con la misma pícara sonrisa el Benefactor y volviendo en seguida a su pensamiento inicial:

—¿Qué puede hacer "La Sociedad de los Tres" sin ayuda oficial para construir un parque pro niños infantiles? Y se quedó mirando a Jimeno, pero el secretario se puso a tamborilear con los dedos en la mesa.

—¿Qué? ¿No te parece bien lo dicho, Jimeno?

—Puede, Licenciado...

—¿Puede qué cosa Jimeno? Habla lo que tengas en la alforja.

Entonces el secretario de cuello duro, ojos pequeños y certeros, habló teniendo ya encañonada la pieza en la imaginación:

—Benefactor, yo siempre espero algo más de su inteligencia. Espero esa abundancia de imaginación que a usted le sobra cuando pone su clara mente a trabajar.

Bueno, Mario, otra cosa que yo sé como archivero oyente es que cuando Jimeno le dice al Licenciado inteligente, ya se lo tiene metido en el bolsillo.

—Dame el pie Jimeno, dame el pie para pensar.

Y Jimeno le dio el pie y las dos manos porque teniendo para su capote lo cierto de la falta de palabras e imaginación del Licenciado, habló de un tirón.

—Una cuestación rinde un potosí si se tiene de campaña un hombre que haya nacido con la gracia de exaltar los corazones pro parque infantil.

—¡Velarde! —gritó el Benefactor como si el descubrimiento fuera suyo.

—Extraordinario, Licenciado. Un hombre que tiene la comida por las nubes y no se interesa en bajarla, es alguien en quien la gente suele confiar sus sacrificios.

—Velarde escribiendo poesías, Jimeno, pintando la soledad de los que no tienen parque, haciendo la campaña directamente con los niños.

—Es usted maravilloso, Licenciado.

—Así todo el mundo estará dispuesto a ayudar a "La Sociedad de los Tres" con su bolo.

—Obolo, Licenciado —rectificó humildemente y bajando la cabeza el secretario.

—Bueno, eso. Además un comité de damas recolectoras.

—¡Prodigioso!...



Y ahora, Mario, te juro que el Licenciado no se contenía y hasta se había puesto de pie.

—Luego, naturalmente Jimeno, se hace el parque más chico, ¿no?

—¡Ni chico ni grande, señor Licenciado! —tronó inesperadamente el Secretario ante el súbito estupro de su presidente.

—¿Cómo ningún parque después de tanto revuelo? ¿Tanto quieres, Jimeno?

El tiempo suele pasar, Licenciado, y la gente se va olvidando al cabo lo que pensó y soñó.

—¡Ah! Jimeno —respondió emocionado el Benefactor— ¡qué me haría yo sin tal secretario como tú!

—Falta lo más importante, señor, atiende bien, esta vez el propio Benjamín Velarde formará parte del equipo tesorero.

—¡Eso es, magnífico!

—Porque mi querido Licenciado, ¿quién va a dudar como tesorero de un hombre que deja estar su comida en las nubes?

—¡Nadie, nadie Jimeno, ni yo mismo!

Un poeta que suele llorar a solas sus penas

Si yo te hubiera encontrado aquella tarde, esperando desde luego tu discreción acerca de las cosas que oye un archivo, yo te hubiera contado, Mario, pero aquella tarde tú sentiste la necesidad de ir a llorar el fracaso de un sueño más fuera del pueblo, y te encaramaste en tu rincón preferido, allá arriba en el mirador de la montaña, donde juntos de niños solíamos escondernos de los ensayos pedagógicos del cuarto grado. Lo supe que habías ido por Fidencio, el de las vacas. Pasó y me dijo que con el tiempo el Mirador iba a llamarse el Balcón de Velarde y se alejó sonriendo y pastoreando sus cuadrúpedos. Yo no te pude ver aquella noche y eso fue lo peor, porque al otro día Jimeno amaneció en tu puerta y te dijo con su mejor tono de voz secretarial, las cuatro palabras que había estado calculando para llegar directo y penetrar profundo en tu ánimo de poeta:

"Solamente un vate y un vate como usted, Velarde, es capaz de penetrar el corazón infantil. Yo he abierto los ojos del Benefactor y vi lágrimas en ellos, lágrimas que se tornaron luego en gran admiración por usted y un deseo incontinente de llevar en seguida a la realidad el gran parque Mario Benjamín Velarde para niños pobres de este pueblo".

Ahora, Mario, a distancia de aquel día y perdonándote que no quisiste oírme o más justamente, pensando que no podías oírme porque también un poeta tiene su talón débil y es su vanidad, yo digo ahora, Mario, que tu desgracia fue pertenecer al equipo tesorero, aunque te diga también que a pesar de eso, Mario te apuraste mucho, demasiado tal vez.

Caída vertical de Mario

El resto nadie lo sabe tan bien como yo. Te diste en alma y vida a exaltar la buena gente y pasó por tus manos el dinero pobre y bueno de los hombres y lo malo fue que pasó y no se detuvo, porque en tu mano, todavía y siempre hubiera pesado lo que pesaba. Bueno, Mario Benjamín Velarde, ¿para qué vamos a caer en detalles? Poca cosa más hay que decir. Se cumplieron las palabras de Jimeno: "El tiempo pasa y la gente olvida", pero los niños no, ¿verdad, Mario? Tú podías resistir los comentarios indirectos acerca de que tus manos estaban sombreadas de dinero por más que llevaras la misma descolorida camisa de siempre. Podías resistir aquel grito que una vez atravesó el parque de los mayores: "¡Ladrón!" Ladrón del esfuerzo de la gente, de la depositada confianza de la gente. Hasta eso podías resistirlo y lo resististe, pero cuando los niños te preguntaban por tu parque te morías, Mario, más de dolor que de vergüenza y te ibas a "La Sociedad de los Tres" a reclamar cuando iba a empezar a levantarse la obra en la manzana señalada. Pero en el solar seguía proliferando el romerillo y aumentando el basurero de los vecinos. Entonces ya no pudiste más y te fuiste aquella otra tarde, la última, al Mirador a cuyo pie nuestro pueblo es como un puñado luminoso en la mano.

Mario bajado de la montaña

Veníamos contigo de allá arriba casi todos los que siempre te tratamos. Delante María Celestina, sin sus collares esta vez. Después la muchacha, quien ya tenía canas, pero que con el viento en contra se cruzó contigo aquella noche de nuestro pueblo en el parque. Facundo con su burrita y hablando disparates; luego Fidencio con sus manos campesinas aferradas delante a los pies de la camilla y yo por la cabeza sujetando también y mirando tu cabeza Mario, tu gran cabeza cerca del paso de mis rodillas mientras te bajamos muerto de una bala decente en el pecho. Nada, Mario amigo, que te apuraste demasiado tal vez o si es que ya no podías más ¿por qué no lo hiciste como cuando niño con tu escopetita, tu corcho y tu cordelito?

La Casa de la Cultura Ecuatoriana está preparando un álbum compuesto de 25 dibujos del pintor Guayasamín. El álbum llevará por título "Testimonio", en homenaje a los mártires de la Revolución Cubana. Tendrá además un prólogo de Benjamín Carrión y un poema de Jorge Enrique Adoum, quien, como se recordará, obtuvo el Primer Premio de poesía en el Concurso de la "Casa de las Américas" en 1959-60. Es este un hermoso ejemplo de la limpia actitud de los intelectuales ecuatorianos frente a la de aquel gobierno, que rompió con el de Cuba bajo la presión yanqui. Este es el poema de Adoum:

TESTIMONIO



Debería decir, como se suele: Estos mártires no han muerto, se han ido simplemente para ver en qué se hallan las raíces; o: No pueden dormir, están oyendo en el piso de abajo nuestro ir y venir por los andamios de la aurora y su cemento. Debería olvidar, tal vez tutearlos ya, pero digo: Aquí yace (como quien en el mapa señalara su origen), aquí yacen, quien yace, cómo se llamó mi muerto, cuántos están con la corola de la oreja pegada al corazón, auscultando otra corola machacada. Aquí los mataron, a cada uno ante sus propios ojos, rompieron la dulce simetría del ser y su pareja, la arquitectura de huesos de su albergue, mejilla perforada a pura lágrima, intestinos que transcurren sin dueño por la tumba; a dónde fueron con su grito —como de recién nacido— los pulmones que querían respirar; quiero decir a qué hora, en qué sitio, porque son muertos sin calendario anual y cada día pudiera ser su cumpleaños sin regalo ni olvido.

Ah si todos los cadáveres de la tierra tuvieran el derecho. Pero yo conocí a éstos, sólo a éstos, muertos injustos, restos fértiles, productivos muertos de toda la vida, igual que si cumplieran con una vocación o una costumbre: saldos de anoche, rachas del martirio, cosas que se saben siempre por corazonada y no por los periódicos, contando cuántos son los ojos que faltaban, cuántos agujeros sobaban en el pecho: monedas de sangre y de vacío pagadas por una transacción heroica: las costillas por el alfabeto, seis balas por habitar la tierra antes de morir, un siglo de isla y tres años para aprender la nueva oración: Señor, yo sí soy digno.

Asesinados a la hora en punto pero inútilmente: 20,000 muertos a ráfagas de militar, su fosa para que allí cupiera la estatura de un solo niño vivo, y apenas se enterró un alarido, puñado de odio y arena y dentadura, solo el anillo con los muñones de la madre, y la media que se le caía a la viuda, despacito. Debo decir ahora: Murieron de muerte natural, americana. (Así, entre nosotros, cae el justo, de muerte compatriota, todavía ametrallan su corazón, mercancía clandestina como toda lámpara).

Digo: Grumetes, vigilantes, colgados en lo alto de la savia, visteis los primeros bajar desde la Sierra el día, su emisario barbudo, la ley de las garúas; descuartizados, medíais mejor la tierra, vuestro abrazo de cuerpo entero y cuerpo roto, ángeles agrimensores sin paracaídas en las alas; ahogados, hacíais de mediadores entre los peces tibios.

El mar vuelve, puntual, hace mil años para lamer la playa, pero esta vez en su bodega no caben vuestros esqueletos desislados, y no bastan todas sus olas para borrar una sola gota de la uña, ni podrían las lluvias testarudas decir: Nosotras fuimos, por disimular el llanto del párpado vecino.

(Flacos invasores pervertidos vienen, odian lo florecido —el hombre, el edificio, los circuitos cordiales del azúcar—, revuelven vientres en andrajos, quisieran engañarse y saludar de nuevo: Buenos días ayer, rebuscan números, reconocen familiar una calle sin letreros: sesos de niños bombardeados, trozos de pobrecito pobre y negro pobrecito). Cuando eso ha concluido y sus cuarteles, y se quemó el terror con su pabito, y no hay mujeres recortadas por la melancolía, posada la cabeza en la mano como si fuera de cartón, ajena, se puede ver la luz que sube transpirada de la herramienta a la frente y su ternura, está el campo viril, la caña al mediodía, la canción con su tabla de multiplicar en las escuelas, y la epidermis del pecho nuevo, su juntura de amor a raza y raza. Pero miro, mártires, a veces, con vosotros: gotas de tristeza súbita, la llovizna de una estación antigua en los anteojos, porque tal vez —yo digo, se me ocurre— se cumple hoy otro año de alguien, recuerdo al que no está, que no pudo venir porque no pudo.

Lo siento mucho: se fue de golpe a la historia a merecer a los padres previsivos.

POR QUE SOY PERIODISTA

Nicolás Guillén, muchacho travieso y viejo amigo, me echó esta zancadilla disfrazada de pregunta:

—¿Por qué no escribes tus memorias de periodista?

—Porque no tengo memoria ni sé a derechas lo que es el periodismo.

Para que un tema tan peliagudo no quede en diálogo fugaz, me subiré a la tribuna de papel que es el papel periódico, dispuesto a dejar sin explicación por qué desde hace más de medio siglo soy, por casualidad, periodista constante.

En primer lugar, porque no me gusta la línea recta. En segundo lugar, porque la línea recta no existe, por mucho que se empecine la Academia en garantizar el error cometido por Euclides hace veintidós siglos y medio. Recto, según los magnates de la Lengua, es lo que no se inclina a un lado ni a otro. ¡Y esto lo dicen quienes se pasan la vida atiborrando de neologismos el siempre "fijo, limpio y esplendoroso" Diccionario! Sin darse cuenta de que el pueblo —ignaro según ellos— ya había impuesto por la libre esas nuevas palabras.

La rectitud no existió nunca en ningún terreno de la actividad humana desde cualquier punto que se la mire. Aquella verdad euclidiana de que la distancia más corta entre dos puntos es la línea recta, que en ridículo cuando Einstein, como un presbitigador, sacó de una chistera el infinito. Antes para ir al infinito había que tomar sólo pasaje de ida. Ahora todos sacamos pasaje de ida y vuelta, y hacemos el viaje por etapas de puntos suspensivos a lo largo de una línea curva: la única que le quedó a la Geometría. Damos la vuelta al mundo para rectificar a cada tramo lo infinitesimal que es nuestro viaje infinito. Ya podemos llegar a los antípodas varias horas antes de haber salido de casa. Aquello de que los viajes ilustran era un cuento. Lo único que aprendemos en cada estación del tránsito es una teoría de verdades que entre sí se contradicen. Es entonces cuando, al regresar del infinito, lo sabemos todo, menos quienes somos nosotros mismos. Y así informados, ¿para qué queremos la memoria?

He ahí, amigo Guillén, por qué, casualmente, me hice periodista, y por qué pude, sin esfuerzo alguno, escribir miles de artículos gracias a que soy desmemoriado. Mis artículos no son míos. Me los dicta y copia al mismo tiempo la maquinita de escribir que, si tampoco tiene memoria, tiene muy suspicaz el subconsciente. Yo pongo un título, cualquiera, tan fluido como una noticia sensacional, y ella pone el resto. ¡Ha tenido, la pobre, que sufrir tantas afirmaciones y negaciones nebulosas! Y, ahora viajera por el Cosmos, ¡tantas galaxias siderales! Como aquella Vía Láctea que iba, en línea recta, de Jerusalén a Santiago de Compostela. ¿Qué es de aquellos peregrinos que la recorrían a pie para llegar, con alma pura en cuerpo roto, al hospital que les tenían preparado, junto al Pórtico de la Gloria, los Reyes Católicos? Ahora el hospital —milagros de la relatividad— es un hotel, donde los turistas, a precios módicos, pueden darse vida de Pilatos alojados en una catedral.

Aunque esto, como todo, lo entiendes bien, querido Nicolás, deja que te lo explique mejor que yo tu compañero de metáforas, el poeta celta Néstor Astur, que tanto sabe de orvallos. (Orvallo, lluvia menuda, polvo de agua, que parece no mojar, pero que empapa).

"Puedes hacerlo tú, pues que provienes de todas las alturas y acabas de alisar plumas en vuelo, despojando a las aves de los signos fatales (¡ay las corneas diestras y siniestras!); tú que antes de extinguirse tu raíz en la nube ya estás en las auténticas raíces del subsuelo, asegurando el viaje hacia lo alto en vaporoso y cálido regreso".

Yo también he nacido en el fondo de un charco, y respiré mi oxígeno mediante las branquias. ¡Qué sabio era el ignorante Calderón de la Barca al afirmar que el pez no respira! Sin darse cuenta, quería decir que el pez no era un hombre, y que cuando sale a la superficie se convierte en un "bajel de plata". Lo malo es que los bajeles suelen echar anclas

en las bahías, condenados a viajes de cabotaje por las costas del puerto. ¿Qué otra cosa, sino bahía hermética, es una redacción de periódico?

Es entonces —un entonces pluscuamperfecto— cuando un filibustero holandés ensarta cuentas de vidrio para comprar a los algonquinos la isla de Manhattan por veinte dólares. ¿Qué son los dólares en estos tiempos sino cuentas de vidrio policromo? ¿Acaso no hay todavía "indios con levita" en el continental Manhattan que ahora es América? Para concretar: ¿qué son las noticias diferente a cuentas de vidrio, cuentos de camino? Nos ponemos un collar de esos, y horas después cambia la moda de la bisutería. Algunas noticias nacen muertas por anticiparse a salir a la palestra un día antes de suceder.

¿En qué otra cosa puede parar un aprendiz de nada sino en algo que nunca deseó? En cierta ocasión, un director de periódico me preguntó: ¿Quiere usted ser periodista? Dije sí. Y no me arrepiento, a pesar de haberme equivocado; porque si hubiera dicho no acabaría por ser otra cosa poco deseada. Menos mal que esa otra cosa imposible pudo haber pertenecido al ramo comercial, y causar daño a la tienda adonde fui como aspirante a hortera. Me puse de punta en blanco para impresionar al dueño del establecimiento: traje de muselina inglesa a cuadros, muy *chic* en aquel tiempo, pero que pronto, por empecinarse la moda, se le llamó "todos tene-mos"; bastón de granadillo con puño de marfil tallado en forma de cabeza de tigre, y un bombín pavoroso, como diría Miguel de Marcos, sombrero que supuse era una garantía de buen éxito lucido por un aspirante a clase solvente. Pero pronto una sonrisita canosa puso tembleques los pliegues rectilíneos de mi pantalón británico:

—Si no oí mal —me dijo el acreditado mercader—, usted lo que quiere es ser mancebo.

—O cualquier otra cosa de menos categoría si hay plaza vacante.

—¿Sabe usted que aquí se come, o algo por el estilo, en comunidad y sin carta donde elegir manjares?

—¡Oh, la comida!

—¿Y que los dependientes sólo ponen pie en la calle una vez al mes?

—Ya me llegará la hora de pasear todos los días por el Malecón en carretela abierta. Soy bachiller y un tanto universitario.

—¿Encima eso? ... He de advertirle que aquí nos gustan los primerizos con boina y no con bombín.

—Dígame dónde debo tirar el bombín ahora mismo.

—Déjelo donde está. A las mujeres les gusta mucho el bombín... ¡Y qué mujeres hay en La Habana!

—Ya he visto, ya.

—Queda otro problema. Aquí se barre con escoba, no con bastón.

—Le cambio el bastón por la escoba.

—Mire, joven; mejor se va a piropear a las mujeres, que están como plátano para sinsonte.

No fue aquel el primer puntapié que me propiné, en salva sea la parte, antes de venir a mi país de

nacimiento a pesar de nacer asturiano, doble derecho patrio a elegir, consignado en el Tratado de París y ratificado en todas las Constituciones cubanas. Mi padre quería dejarme heredero de su clientela de médico; pero como me gustaba mucho la Medicina le repliqué que quería ser ingeniero, afán que nunca me había pasado por la cabeza. Nos queríamos tanto mi padre y yo que siempre estábamos en desacuerdo. Por poco llego a ingeniero, tanto como me gustaba —un tanto más o menos— la Medicina. La Ingeniería es una profesión demasiado técnica para un hombre destinado por la fatalidad a ser periodista. Hay destinos manifiestos que se palpan. Y sucedió lo inevitable. Después de lucirme dos cursos como estudiante camino de los puertos, los ferrocarriles y las minas, tomé un trasatlántico hacia Cuba. El buque era francés y yo traía en el bolsillo un pasaje de primera. Una noche de comida pantagruélica, un banquero español, con antecedentes de emigrante, me soltó a quemafués este presagio: "Los que viajan por primera vez en primera, hacen el segundo viaje en tercera". Acertó a medias. Mi primer viaje a España fue con pasaje de tercera; pero con derecho a departamento de lujo. Bien es verdad que como periodista ya había pasado yo de corrector de pruebas a reportero del Puerto.

Como corrector tuve de compañeros a dos escritores de fuste: el poeta José Santos Chocano y el novelista Alfonso Hernández-Catá, que venían a mi mesa con ventilador huyéndole al calor de la siesta. Chocano estaba en Cuba por no recuerdo qué tropelía sudamericana, y Catá en espera de unas credenciales diplomáticas. ¿Qué esperanzas económicas podía alimentar un escritor antillano? La diplomacia, cuando se agarra por el asa de la literatura, puede hacer millonario de aplausos a un escritor como Hernández-Catá, siempre que no siga las normas del ilustre traidor Talleyrand; del que dijo el marqués de Villaurrutia, cuando el diplomático francés —príncipe y obispo— regresó a París después de la caída de Robespierre: "... y faltándole a sus relajadas costumbres la hoja de parra del misterio que hace posible las relaciones de la virtud con el pecado..."

Tal vez me llegó tarde la hora de los deseos concretos. Advierto que aquel vacilar entre el sí y el no era el aviso biológico de que nada nace por generación espontánea, y que todo camina por sus pasos contados. Cuento mis pasos por la vida y noto haber caminado por la curva de puntos suspensivos que, después de pasar por el infinito, regresa, como el *bumerán*, al punto de partida donde siempre estuve, y que seguía el consejo de Unamuno: "Uso mi libertad sin miedo a equivocarme; porque reservo la libertad para rectificar".

He ahí la teoría einsteiniana del vuelo recto en línea curva. El motor que nos hace subir perpendicularmente alrededor de la Tierra. ¿Paradoja? Falla el motor, y el aeroplano cae perpendicularmente en el infierno de este mundo.

Aceptar cualquier cosa cuando nada se apetece puede ser porque una recóndita esperanza teje en silencio un destino que a todos por igual estimule y aproveche.

EL PRIMER LIBRO DE EDICIONES UNION

Con las Milicias, de César Leante,
es un documento de la hermosa gesta
cubana, un testimonio de la decisión
de un pueblo a morir antes que
retornar a las cadenas.

Ya está a la venta en todas las librerías



UNION DE ESCRITORES
Y ARTISTAS DE CUBA



LIBERTAD PARA SIQUEIROS

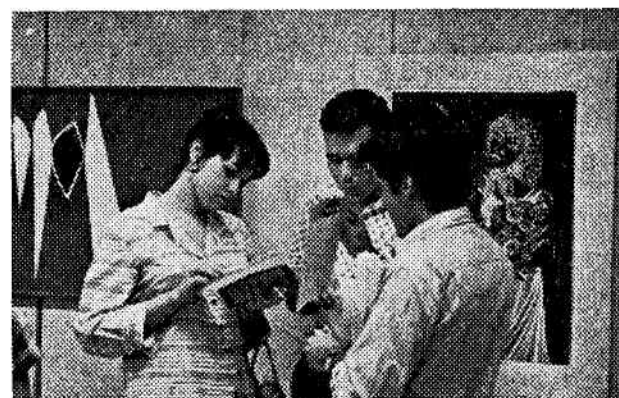
“A los sesenta y cinco años de vida, —una vida gloriosa, grávida de creación—, David Alfaro Siqueiros ha recibido una recompensa singular: las cuatro paredes de una cárcel”, estas palabras de Nicolás Guillén encabezan el catálogo de la exposición *Libertad para Siqueiros* que los artistas plásticos de la UNEAC celebraron del 16 al 28 de Abril en la Galería del Consejo Provincial de Cultura.

En el acto de la apertura dijo unas palabras el poeta Roberto Fernández Retamar, Secretario Coordinador de la UNEAC. Numerosos escritores y artistas cubanos y nuestro pueblo, que en su madurez política comprende el largo abrazo entre naciones, acudieron a la galería en los días de la exposición.

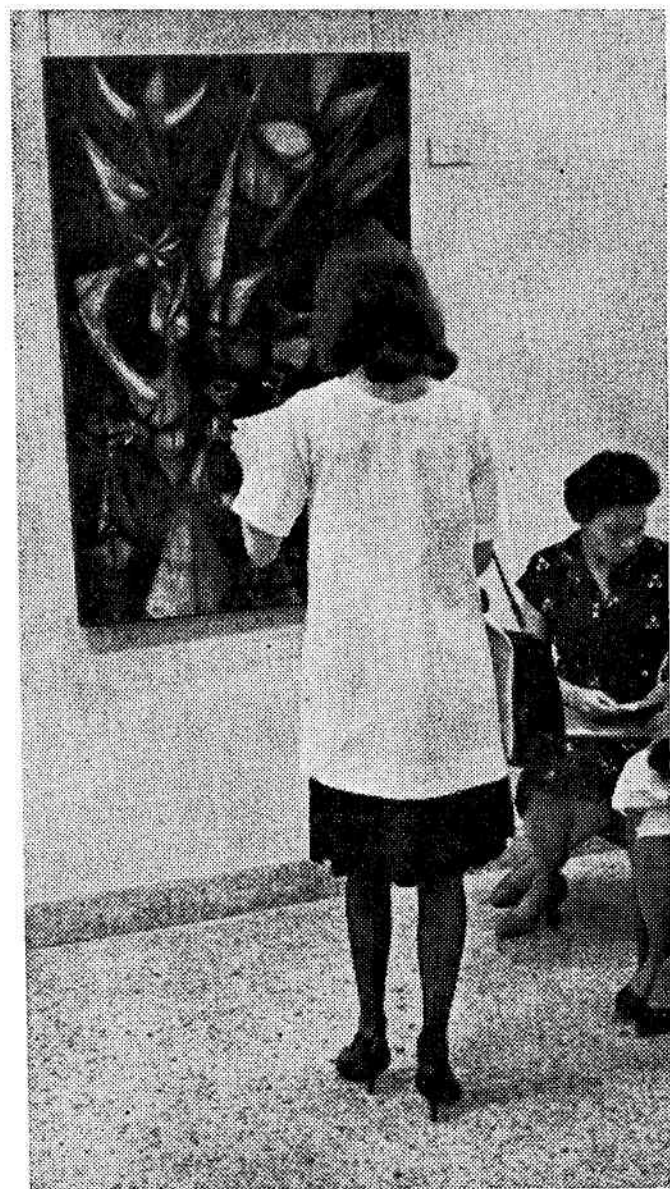
La protesta expresada en el catálogo, contra la prisión de Siqueiros, fue suscrita por cuarenta y ocho de los más destacados artistas cubanos, que afirmaron, entre otras ideas, la siguiente: “Esta exposición es un homenaje y una denuncia: homenaje a quien honra a su patria, su estirpe, su clase con los destellos de su genio; denuncia de un hecho monstruoso, que nos avergüenza como americanos y nos presenta a todos, mientras no digamos nuestra palabra de condena frente a él, como hombres y mujeres capaces de contemplar impasibles un atentado de esta índole a la libertad del ser humano”.



En la exposición: Carmelo, Retamar, Guillén, Mariano, Arjona y Consuegra.



FOTOS DE SALAS



CARRION A ESCENA

Es muy difícil, aunque no imposible, que Miguel de Carrión sospechara que a los 30 años de su muerte llegarían a producirse en Cuba las condiciones sociales necesarias para que su obra fuera revaluada. Menos probable aún es que el autor de *Las impuras* imaginara contemplar en un gran escenario de La Habana la desilusión de Teresa Trebijo y los turbios manejos de Mongo Lucas.

Sin embargo, así ha sucedido, por arte y magia del proceso revolucionario y de esa especie de gran toma de conciencia nacional que vive Cuba. El Primer Festival del Libro Cubano incluye *Las impuras* entre las primeras diez obras que lanza a la calle en 1959 y que se agotan inmediatamente; la Comisión Cubana de la UNESCO edita en 1961 *La esfinge*, novela que Carrión deja sin concluir, y el Teatro Nacional de Cuba nos ofrece ahora una versión escénica de la primera.

Es comprensible que Abelardo Estorino, el adaptador de *Las impuras*, se haya decidido por esta novela de Carrión para escenificarla. El adaptador se sintió atraído tanto por el rico cuadro que el novelista despliega ante el lector como por la áspera crítica que hizo Carrión en su obra de un mundo que se descomponía ante sus propios ojos. Pero olvidó, al mismo tiempo, que *Las impuras* es la más imperfecta de las novelas de Carrión. Es cierto que es la que más nos atrae. Por su estilo, Carrión se acercó peligrosamente a lo que hoy en día llamaríamos un "picúo". Pero la pintura de la corrupción republicana en *Las impuras* es tan poderosa que llega a hacernos olvidar una deficiencia cuyo origen habría que buscarlo en las pobres lecturas del escritor, incapaces de depurar su gusto.

Decimos que *Las impuras* es la novela más imperfecta de Carrión porque sus personajes principales son en su mayoría lo más débiles y estáticos de toda su obra: Teresa Trebijo es un esquema terco de la virtud perdida; no le sucede nada, como no sea descubrir que su amante vale muy poco como ser humano. Muerta la hija de Rogelio, Teresa anuncia, frustado su noble gesto por salvarla, su decisión de convertirse en "impura". El lector (y ahora el espectador) se pregunta qué mal había en seguir co-siendo en la Singer o en estudiar mecanografía. Y es que los esquemas difícilmente se justifican. Rigoletto está metido a viva fuerza por Carrión en la casa de inclinación de la calle Virtudes. Este sentimental y filosofante muñidor electoral es otro esquema precocido. Es Quasimodo apeado directamente por Carrión de una gárgola de Notre Dame, y rebautizado con ayuda del Verdi oído en la función de abono del "Nacional".

¿Qué queda pues, literariamente, de *Las impuras*? Quedan las brillantes y crudas estampas de los vividores habaneros del año 13 y su mundo: falsos estudiantes, sargentos políticos, grandes mantenidas, pequeñas hetairas (para decirlo en el estilo de Carrión), *souteneurs*, y así hasta tocar el fondo del hampa. Esa revelación zulesca de un mundo que en un momento u otro nos ha rozado a todos es lo que nos interesa en la novela, y lo que le da su gran fuerza, que en no poca parte proviene del fuerte erotismo de que Carrión la impregna.

La escena suele ser muy dura con los defectos de una novela. Los destaca con una luz insoportable. Forzosamente, Estorino tuvo que basarse en el tenue hilo que forma el argumento y utilizar determinados personajes. Pero eligió los dos más falsos, los dos a que antes nos hemos referido. Rogelio, el amante de Teresa, y Carmela la Aviadora, de mucha más realidad, quedan muy diluidos en la adaptación.

Una de las virtudes de la novela es la debilidad de Rogelio. Su vida es lo que han sido muchas vidas cubanas: un dejarse empujar y arrastrar por los acontecimientos de cada día, una impotencia para actuar, una apatía exasperante y mortal para la decisión que puede salvarnos. Jaime Saruski ha logrado dar esta inercia en su novela *La búsqueda*, elevándola al nivel de tragedia. Una adaptación que desarma por completo la novela para ensamblarla alrededor de esta impotencia moral y mortal del amante de Teresa Trebijo, posiblemente hubiera tenido más éxito.

Dumé ha desarrollado un notable esfuerzo de dirección, moviendo un vasto elenco, escrupulosamente



Las Impuras

La escena suele ser muy dura con los defectos de una novela.

FOTOS SALAS

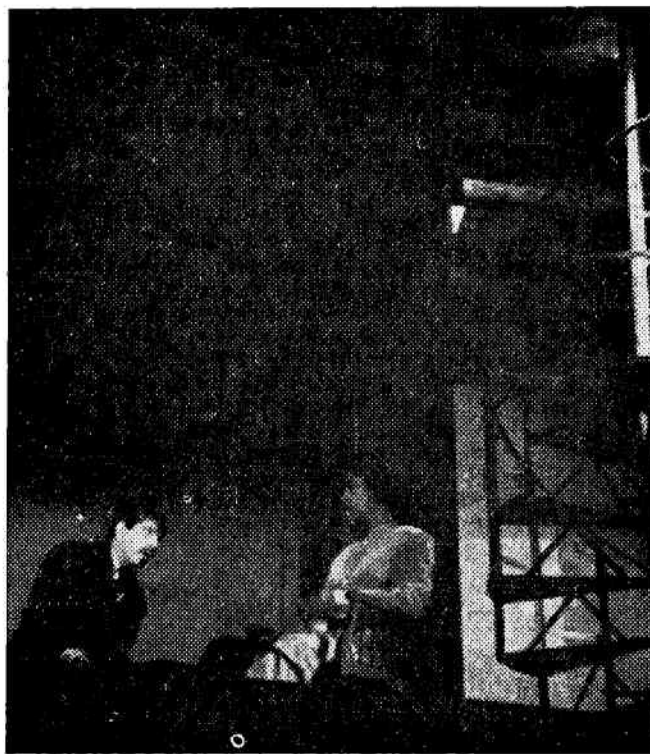
vestido a la moda de la época, dentro de una escenografía rigurosamente realista y de dimensiones colosales, quizá demasiado para la endeblez dramática de lo que ocurre dentro de ella.

Un defecto en la puesta, que puede subsanarse, parte de la idea errónea de que en Cuba hablábamos con todas las eses en el año 13. Si es cierto que a partir de 1933 hay un relajamiento general en el estilo, que en su oportunidad Mañach apuntó, lenguaje y acento eran ya cosa hecha desde el siglo pasado. En Cuba, además como en España, nunca ha habido un acento de clases; pobres o ricos, todos siempre hemos pronunciado mal, o para decirlo mejor, a nuestra manera. Por lo demás, de haber existido una pronunciación más cuidada en aquel momento no se escucharía precisamente en el mundo de *Las impuras*.

Todo esto revela, además, el serio problema que tienen ante sí los actores cubanos, educados para el teatro extranjero (sencillamente porque no había otro) a la hora de encarnar personajes cubanos.

Es improbable que, salvando este serio defecto, Dumé hubiera podido llevar la adaptación mucho más lejos. Su puesta en escena está marcada por una fluidez que ha llegado a distinguir su trabajo, y destaca lo que sí está muy logrado en la adaptación: una alta dosis de erotismo.

El nivel de actuación de todo el conjunto es muy aceptable. Pilín Vallejo hace lo mejor posible con un personaje casi irreal, que mantiene una actitud perenne de heroína ofendida, a través de toda la pieza. Cada salida de Felipe Santos hace que la obra se mueva, gracias a una excelente caracterización. La actuación de Magali Boix y Carlos Marco revela un progreso muy notable por parte de ambos actores.



Las Impuras

La idea errónea de que en Cuba hablábamos con las eses.

La aparición de Carmela en la orgía es un momento de poderosa sensualidad muy bien logrado por la primera.

PALACIO DE CASA BAYONA

NUEVA SEDE DE LA UNEAC

Concluido el período inicial de organización, la UNEAC se va para el Palacio de Casa Bayona, en la Plaza de la Catedral. Allí, entre piedras ilustres y patinadas, estará nuestra casa. Es sabido que la Plaza de la Catedral fue calificada por Gropius como la más hermosa de América. En este noble rincón de La Habana el Gobierno Revolucionario se propone crear un centro cultural: galerías, museos, talleres plásticos. Andaremos, pues, en buena compañía.

Para dar constancia de nuestro traslado, un grupo de miembros de la UNEAC fue allá, la semana pasada; entró, curioseó, revisó, husmeó, y luego se hizo retratar en la puerta. Y aquí está la constancia: el Palacio de Bayona en manos de los artistas y escritores cubanos.



NOTAS

Libros, Colores y Música para Cuba.

La UNEAC acaba de lanzar este llamamiento a los intelectuales del mundo:

"En los últimos tres años la cultura cubana ha conocido un acelerado desarrollo, muy superior al que se produjo en su anterior vida de colonia y república semicolonial. Al destruir los intereses de la-tifundistas, capitalistas y representantes del imperio extranjero, se rompieron los diques que contenían la cultura, las esencias populares, la vida misma del país, y la actividad artística y literaria, realizada por hombres de nuestro pueblo, se ha elevado a límites insospechados.

"Este hecho, unido al gran interés de nuestro pueblo por todo lo que a la actividad cultural se refiere, ha provocado una gran necesidad de elementos artísticos y literarios, tales como libros extranjeros, materiales para pintores y escultores, y partituras musicales. Al mismo tiempo los enemigos de Cuba han organizado un bloqueo a nuestras importaciones, de manera que es muy difícil para los artistas cubanos obtener los medios necesarios para su trabajo creador.

"En esta situación, con la profunda seguridad de que estas razones serán comprendidas por los colegas de todo el mundo, los escritores y artistas cubanos apelamos a la solidaridad internacional, para que nos auxilien con los elementos necesarios: Cuba pide libros, partituras, materiales para pintores y escultores, y espera que los hombres libres de todo el mundo, responderán positivamente a este llamamiento inspirado por las más sublimes actividades del hombre."

Index Translationum

EL AMOR COMO ELLA, poemario de Manuel Díaz Martínez, (Colección Arún, La Habana, 1961), ha sido traducido al ruso por el poeta soviético Víctor Gonchárov y aparecerá este año en la URSS por una editorial de Moscú.

Acaba de ser publicada en la URSS una antología de poetas latinoamericanos, que lleva el título de OÍDME, tomado de un poema de Fayad Jamis. Cuba está representada en la antología por Angel Cuadra, Pablo Armando Fernández, Roberto Fernández Retamar, Bernardo Calleja, Nivaria Tejera, Fayad Jamis, Ana Núñez Machín y José Baragaño.

El semanario *Lettres francaises* ha dado a conocer a su vez una colección de poesía cubana que comprende poemas de Nicolás Guillén, Manuel Navarro Luna, José Lezama Lima, Regino Pedroso, Félix Pita Rodríguez, Eliseo Diego, Oscar Hurtado, Cintio Vitier, Rafaela Chacón Nardi, Rolando Escardó, Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla, Fayad Jamis, Roberto Fernández Retamar, José A. Baragaño, Luis Marré, Pedro de Oráa, Nivaria Tejera, Manuel Díaz Martínez, Roberto Bramly, Abelardo Piñero. Conjuntamente aparece en este número un trabajo del novelista español Juan Goytisolo sobre sus experiencias en Cuba Socialista.



Literatura militante

Las milicias con Leante

Para lanzar el primer libro de Ediciones Unión, CON LAS MILICIAS, de César Leante, fue celebrada una tarde la firma de libros en la que el autor autografió los primeros ejemplares al numeroso público asistente, en unión de miembros de la segunda compañía del Batallón 117, a quienes está dedicado el libro. Los milicianos cantaron algunas décimas, Balina repartió rosas para las damas y café para los caballeros. Fue en la Librería la Tertulia, un día de la semana que terminó.

Represión contra escritores.

La UNEAC ha enviado la semana pasada los siguientes mensajes:

"Con gran indignación hemos recibido los escritores y artistas cubanos la noticia de la detención en Argentina del gran escritor guatemalteco, Miguel Ángel Asturias. El ilustre novelista es una de las figuras fundamentales de la literatura americana de este siglo, y su encarcelamiento es un hecho que atañe a la dignidad de nuestro continente. La Unión de Escritores y Artistas de Cuba protesta contra ese acto, y, en nombre de la cultura, pide al gobierno argentino la inmediata liberación de quien por tantos motivos es digno de respeto y admiración".

"La noticia del encarcelamiento del distinguido escritor argentino Leónidas Barletta ha sido acogida con gran indignación por los escritores y artistas cubanos. Los miembros de esta organización protestan por ese hecho, y piden del gobierno argentino la liberación de un escritor que honra con su trabajo a todo el pueblo de ese país americano.



Leyenda de la Vía Láctea

ILUSTRACION DE EVORA

Un laurel, un laurel: dos

Dos compañeros de la UNEAC reciben distinciones que la redacción de LA GACETA acoge con agrado:

Uno. Tony Evora obtuvo el primer premio del Concurso de Ilustraciones de Libros Infantiles organizado por la Biblioteca Nacional. Sus dibujos para la "Leyenda de la Vía Láctea" le ganaron el voto del Jurado.

Otro. Eduardo Manet, cuyo documental "El Negro" fue seleccionado por el British Film Institute, de Londres, como uno de los mejores del año.

Por ello vayan palmas, voladores de a peso, pirulís, pitos de auxilio, bailoteo, diplomas *suma cum laude*, medallas en la solapa y otra parafernalia. Y también lo fundamental, la alegría sincera de los amigos y la satisfacción de los premiados por el dominio que demuestran de sus medios expresivos.

Sartre en Bruselas

En el curso de un mitin antifascista celebrado en Bruselas, Jean Paul Sartre atacó al S.F.I.O. francés por su aislacionismo. Dijo que cada vez que el Partido Comunista ha tendido la mano al partido socialista éste ha tenido siempre miedo de estrecharla, "participando en el cordón sanitario anticomunista burgués". Sartre subrayó la importancia de la unidad de las fuerzas populares en la lucha contra el fascismo. Dijo que el partido socialista francés milita ahora en la derecha. Declaró que la paz en Argelia no se debe a De Gaulle, sino al Frente de Liberación Argelino, que ha ganado la batalla en todos los planos, diplomático y políticamente.

Sartre declaró que los crímenes de la OAS son tan imbéciles y odiosos que han contribuido a despertar la conciencia del pueblo francés frente al peligro fascista. El mitin fue celebrado el 12 de Marzo, organizado por el Comité Universitario Anticolonialista y el Comité Belga por la Paz en Argelia.

Libros y Libros y...

La Universidad Central de Las Villas acaba de poner en circulación el libro de Nicolás Guillén PROSA DE PRISA que incluye crónicas y artículos periodísticos publicados en los últimos veinticinco años y CAMINANTE MONTES, prosa de Samuel Feijóo.

Ediciones Unión, después de editar CON LAS MILICIAS de César Leante publicará: EL PARQUE DE LA FRATERNIDAD, teatro de José Triana; EL JUSTO TIEMPO HUMANO, poemas de Heberto Padilla; LOS CAMINOS, poemas de Manuel Díaz Martínez; EL DESCANSO, novela de Abelardo Pi-

ñeiro y CINEAS Y LOS BASILISCOS, cuentos de Rogelio Llópiz.

Ediciones R, que ha lanzado recientemente LOS PUENTES de Fayad Jamis y CUENTOS COMPLETOS de Onelio Jorge Cardoso, anuncia como sus próximos títulos: MINERAL NEGRO, poemas de René Depestre; UN OFICIO DEL SIGLO VEINTE; crítica de cine de Guillermo Cabrera Infante y EN ESTA PARTE OSCURA, cuentos de Luis Agüero.

Correo.

Sr. Presidente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Compañero:

Acabamos de leer en el periódico "Hoy" un anuncio de esa Corporación, que tanto honra a nuestra Patria, por el cual hacen pública su determinación de crear la Sección "Hnos. Saíz Montes de Oca", con el propósito de dar cabida a los nuevos valores que quieran integrar esa Organización.

Sería inaudito el no declarar la honda satisfacción que nos causa saber que la obra que ellos realizaron por la Revolución Socialista no ha de quedar ignorada en detrimento de las generaciones nuevas de jóvenes comunistas en nuestra Patria.

Ellos sabían por qué luchaban y hacia dónde tenía que encaminarse la Revolución para que no se frustrase nuevamente y lo fuera de veras. Debe leerse su Testamento político, escrito en mayo de 1957, así como toda la obra literaria de ambos, sabiamente recogida por el compañero Aldo Martínez Malo, de la Sección de la UNEAC, en Pinar del Río.

Cualquier dato que necesiten acerca de la labor realizada por ambos, así como los originales de sus escritos y panfletos, háganselo saber al mencionado compañero, que es el Albacea literario de los mismos.

Martí dijo: "Se afirma un pueblo que honra a sus héroes" —error nuestro en la Revolución del 33— y que hoy se trata de evitar con acciones como las que publica el periódico "Hoy", como merecido homenaje a la memoria de los que no cobraron sueldo para morir.

Reciban pues, distinguidos compañeros de la UNEAC, un abrazo revolucionario y socialista de los padres de los Hnos. Saíz Montes de Oca,

atte. de Ud.

Dr. Luis R. Saíz Delgado

Un sello para Meza

Juan J. Buentes Guevara, de Caibarién, escribe a la UNEAC sugiriendo que el Ministerio de Comunicaciones imprima una emisión conmemorativa de sellos de correo en honor del centenario del nacimiento de Ramón Meza.

El novelista de MI TIO EL EMPLEADO, EL DUELO DE MI VECINO y DON ANICETO EL TENDERO, merece la distinción. Buentes lo cree así, la UNEAC está de acuerdo, LA GACETA recoge la idea. ¿Quién la hace efectiva?

Fallecimiento de Griñán Peralta.

Al cabo de una enfermedad implacable, falleció la semana anterior, aquí en La Habana (donde fue objeto de una operación quirúrgica, desgraciadamente inútil) el historiador cubano Leonardo Griñán Peralta.

Griñán era profesor de la Universidad de Oriente, y en 1936 publicó un libro que tuvo un éxito instantáneo: "Antonio Maceo: análisis caracteriológico". La obra apareció en la editorial "Trópico", con un epílogo titulado "Maceo, líder y masa", debido a Juan Marinello.

Con ocasión del Congreso de los Pueblos, celebrado en Viena en 1951, Griñán viajó a dicha ciudad, formando parte de la delegación cubana. Siempre ocupó una postura democrática, y puso su pluma y su acción al servicio de la patria. Deja papeles inéditos de gran interés para la historia nacional.

Griñán fue un escritor bien informado, polémico —agresivo a veces— y de una honestidad insobornable. Con su muerte, pierde Cuba uno de sus más valiosos hijos.

LA GACETA DE CUBA
Periódico quincenal de arte y literatura

Publicado por la
UNIÓN DE ESCRITORES Y ARTISTAS
DE CUBA

Nicolás Guillén/Director
Lisandro Otero/Redactor Jefe
Tony Evora/Director Artístico

Redacción y Administración: 17 y H, Vedado,
La Habana — Teléfono: 32-4551
Editado en los talleres de Seoane & Fernández.
1º de Mayo de 1962 — Año 1 — Número 2